

DRPS
FA
403

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763312



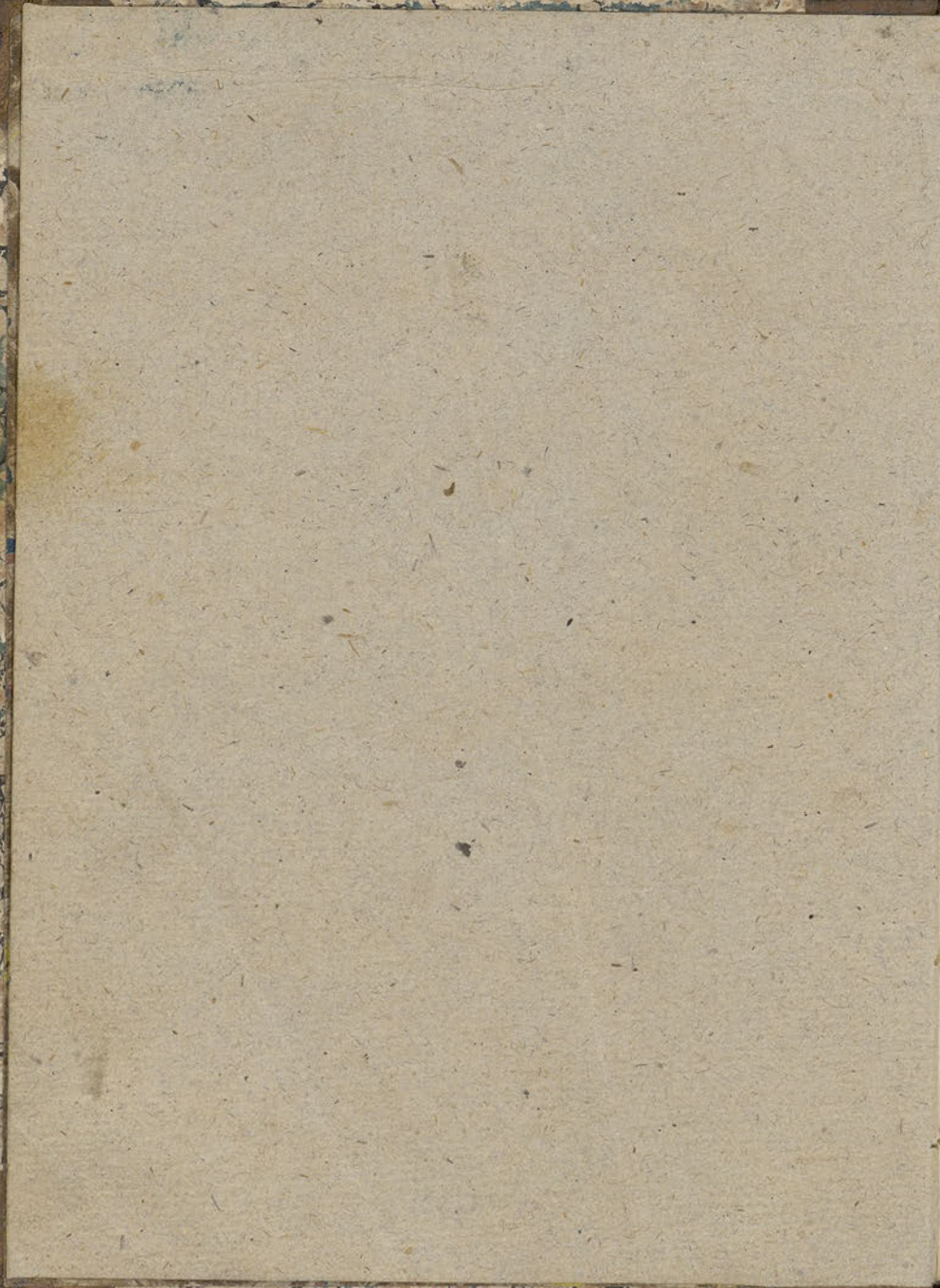


GLORIAS
DE
ESPAÑA

Ex Libris



Russell Perry Sebold III



LA BIBLIOTECA DE LA
ACADEMIA DE LA LENGUA
ESPAÑOLA
MADRID DE ESPAÑA.

FL DRPS FA 10403

0500763312

GLORIAS DE ESPAÑA.

poesías históricas

GLORIAS DE ESPAÑA.

MADRID:

Editorial de la Real Academia de la Lengua Española.

CALLE DE ALVAREZ, 100. 20

GLORIAS DE ESPAÑA.

poesías históricas

A MI QUERIDO AMIGO,

Don José Neiret y Bosque,

D. NICASIO CAMILO JOVÉR.



H. Camilo Jovér.

MADRID:

Establecimiento tipográfico de **D. F. & FERNEL,**
CALE DE ATOCHA, NUM. 28.

1848.

GLORIAS DE ESPAÑA.

poetas históricos

108

D. NICASIO CAMILO JOVER.

REPARTO

Establecimiento tipográfico de D. E. A. BARRERA
CALLE DE ATOCHA, N.º 33.

1872

INDICE.

Prólogo	9
Segunda	17
Varia	25
Numancia	35
Cataluña	47
Barcelona	57
El Call	63
Los Alamos	71
Tarazona	81
Alcalá	91
Zaragoza	101
Jaca	111
Una ciudad en el Vaticano	121
Catoligos de la Vega	131
Una coronación	141
Batalla de San Quintín	151
Santa Teresa de Jesús	161
Sego de Vega	171
Marat de Corcuzco	181
P. Diego Velázquez	191
P. José de Guzmán	201

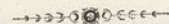
A MI QUERIDO AMIGO,

Don José Peiret y Bosque,

en muestra de sincero cariño.

H. Camilo Jover.

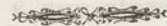
INDICE.



Página.

Prólogo.	9
Sagunto.	17
Viriato.	21
Numancia.	29
Covadonga.	35
Roncesvalles.	57
El Cid.	67
Un triunfo parlamentario.	89
Las Navas de Tolosa.	115
Rogér de Lauria.	153
Los Almugávares.	163
Tarifa.	169
Raimundo Lulio.	177
Isabel la Católica.	179
Luis Vives.	189
Una solemnidad en el Vaticano.	191
Garcilaso de la Vega.	199
Una corona mural.	205
Batalla de San Quintín.	207
Santa Teresa de Jesús.	215
Lope de Vega.	221
Miguel de Cervantes.	223
D. Diego Velazques.	229
D. Luis de Góngora.	235

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó publique sin su licencia.



INDICE.

Páginas

9	Prólogo
17	Sagrado
21	Triste
23	Humilde
25	Cuchucayo
27	Rancasallas
29	El Cid
115	La trampa parlamentaria
123	Las Nubes de Tolón
123	Hogar de la noche
129	Los Almagroes
137	Tarifa
139	Rancho de la noche
140	La casa de la noche
141	La casa de la noche
142	La casa de la noche
143	La casa de la noche
144	La casa de la noche
145	La casa de la noche
146	La casa de la noche
147	La casa de la noche
148	La casa de la noche
149	La casa de la noche
150	La casa de la noche
151	La casa de la noche
152	La casa de la noche
153	La casa de la noche
154	La casa de la noche
155	La casa de la noche
156	La casa de la noche
157	La casa de la noche
158	La casa de la noche
159	La casa de la noche
160	La casa de la noche
161	La casa de la noche
162	La casa de la noche
163	La casa de la noche
164	La casa de la noche
165	La casa de la noche
166	La casa de la noche
167	La casa de la noche
168	La casa de la noche
169	La casa de la noche
170	La casa de la noche
171	La casa de la noche
172	La casa de la noche
173	La casa de la noche
174	La casa de la noche
175	La casa de la noche
176	La casa de la noche
177	La casa de la noche
178	La casa de la noche
179	La casa de la noche
180	La casa de la noche
181	La casa de la noche
182	La casa de la noche
183	La casa de la noche
184	La casa de la noche
185	La casa de la noche
186	La casa de la noche
187	La casa de la noche
188	La casa de la noche
189	La casa de la noche
190	La casa de la noche
191	La casa de la noche
192	La casa de la noche
193	La casa de la noche
194	La casa de la noche
195	La casa de la noche
196	La casa de la noche
197	La casa de la noche
198	La casa de la noche
199	La casa de la noche
200	La casa de la noche
201	La casa de la noche
202	La casa de la noche
203	La casa de la noche
204	La casa de la noche
205	La casa de la noche
206	La casa de la noche
207	La casa de la noche
208	La casa de la noche
209	La casa de la noche
210	La casa de la noche
211	La casa de la noche
212	La casa de la noche
213	La casa de la noche
214	La casa de la noche
215	La casa de la noche
216	La casa de la noche
217	La casa de la noche
218	La casa de la noche
219	La casa de la noche
220	La casa de la noche
221	La casa de la noche
222	La casa de la noche
223	La casa de la noche
224	La casa de la noche
225	La casa de la noche
226	La casa de la noche
227	La casa de la noche
228	La casa de la noche
229	La casa de la noche
230	La casa de la noche
231	La casa de la noche
232	La casa de la noche
233	La casa de la noche
234	La casa de la noche
235	La casa de la noche
236	La casa de la noche
237	La casa de la noche
238	La casa de la noche
239	La casa de la noche
240	La casa de la noche

causando en nuestro sentir, algunos males a esta nunciación, antes de todo lo portentoso e idealista de lo que a su parecer, la persona, según este camino creemos que no sea cosa muy difícil, ni de gran precio, ignoramos de hecho, el costumbre de leer y ver cosas continuamente tan singulares creaciones, sea la causa de que escaseen obras de verdadero mérito, que revelen genio, instrucción y buen juicio: lo cierto es que son tan pocas como las que se ven y de ellas solo en la

EL libro á cuyo frente tenemos la grata satisfacción de escribir estas líneas, tan desaliñadas como desnudas de autoridad literaria, por no tenerla ni aun remotamente el que las suscribe; pertenece á esas creaciones que revelan con solo ojearlas, el fuego patriótico y sagrado que inspiró el alma del poeta. Frecuentes en los tiempos que corremos encontrar todos los días multitud de obras ya en verso, ya en romance, escritas con objeto de rendir ciego culto al individualismo, ya que no sea á extravíos de la razón; á sueños que deslumbran y aun atraen á muchos incautos que, embelesados con el brillo de las formas, dejan por penoso y desabrido, analizar su tendencia. Estos libros pasan de mano en mano

causando , en nuestro sentir , algunos males á esta generacion, amiga de todo lo portentoso, é idólatra de lo que, á su parecer, la personifica. Seguir este camino creemos que no sea cosa muy difícil, ni de gran precio. Ignoramos si la costumbre de leer y ver elogiar continuamente tan singulares creaciones, será la causa de que escaseen obras de verdadero mérito, que revelen genio, instruccion y buen juicio: lo cierto es que son tan raras como los dias serenos y de hermoso sol en la Siberia.

La obra que nos ocupa ofrece por fortuna una feliz escepcion: su tendencia, su objeto, son tan nobilísimos que enaltecen el ánimo del lector: *las Glorias de la Patria*, he aquí el pensamiento que la inspiró. Difícil, grande, sublime era la empresa; digna de un corazon entusiasta, si bien superior á las fuerzas de un jóven: mas el fuego patriótico, la fé del creyente, iluminaron sin duda, con un rayo divino, el alma del poeta: tal inspiracion debieron sentir los inmortales Homero, Virgilio, Voltaire, Camoens y Ercilla: sus arpas de oro sonaron acordes á impulso del amor de la patria, de ese sentimiento magnánimo origen de hechos sobrenaturales, de acciones porten-

tosas, como las que han perpetuado los nombres de la bella Judit, de Sagunto, de Numancia y del héroe de Tarifa. ¡Qué grato es emplear el talento en esta clase de tareas! El que las concibe, el que las lleva á cabo con perseverancia, tiene indisputable derecho á la estimacion de sus conciudadanos.

Tambien le tiene al aprecio de los sábios. Las obras de pura imaginacion se confeccionan con holgura, con facilidad y hasta con la certeza de alcanzar buen éxito: los cuentos, las leyendas, las novelas, se prestan grandemente á personificarlo todo; las pasiones mas pueriles, lo mismo que las mas extravagantes tienen cabida en este género de literatura, y de ahí el que agrade á la multitud aficionada por lo comun, á verse retratada en todas partes.

No sucede así en el libro que analizamos: las dificultades que presenta su ejecucion hubieran arredrado á un espíritu mas débil y perezoso: estudiar profundamente la historia; formar un juicio exácto de ella; apreciar sin pasion aquellos hechos que la parcialidad ó la malicia ha presentado de diversa manera; adivinar la política, la vida social del antiguo reino godo; interpretar los rudos sentimientos de

tan indómita gente; he aquí las grandes investigaciones que el poeta ha tenido que hacer á fin de presentar esa multitud de mágicos cuadros que juntos forman las *Glorias de España*.

Si lo ha desempeñado con fortuna, es cosa que el público, como supremo juez, decidirá bien pronto. Entre tanto, séanos permitido llamar la atención de nuestros lectores hácia el índice de esta obra: en él se encuentran cantos á Sta. Teresa, al Cid, á Isabel la Católica, á Roncesvalles, á Luis Vives, á San Quintín, á Góngora, á Gonzalo de Córdoba; en una palabra, á todos aquellos héroes, á todos aquellos hechos, que tanto la historia como la tradición, nos han legado de siglo en siglo inmortalizando el nombre español.

No nos cansamos de repetirlo; el pensamiento que inspiró al poeta, es grande y dignísimo: porque todo aquello que tiende á familiarizar al pueblo con las sublimes y patrióticas acciones de sus antepasados, es útil y provechoso. Aténas la ciudad ilustre, y Roma la invicta, debieron su esplendor al patriotismo sin rival de sus huestes vencedoras: cuando aquel sentimiento decayó, cuando los hijos de Grecia dejaron de imitar el civismo del inmortal Trasíbulo; cuando los descendientes de

Rómulo olvidaron en el seno de los placeres el ejemplo de los Marios y Trajanos; cuando á los divinos acentos de Meleagro y de Horacio se substituyeron los cantos impúdicos de una raza degenerada y torpe; los dos colosos se desplomaron con asombro de los siglos y también para lección de aquellos pueblos que dejan adormecer y aun extinguir el sentimiento patriótico.

Porque pensamos así, porque siempre hemos tenido las mismas convicciones, por eso celebramos tanto el pensamiento de este libro. Y que el autor le escribió inspirado, es cosa que no ofrece la menor duda; por eso exclama lleno de mística unción al hablar de Santa Teresa.

¿No la veis, no la veis arrebatada
 Por el sagrado amor? ¿No veis cual mira
 En éstasis divino al ángel puro
 Que su alma enagenada,
 Con flecha de oro á dividir aspira?
 ¿No divisais cabe al macizo muro
 Los bellos ojos, y la tersa frente
 Salpicada de nitidos rubíes,
 Y los preciosos labios de alelies
 De Jesus prepotente?...

Y cuando nos pinta la tan célebre batalla
de las *Navas de Tolosa*, de aquella jornada
insigne en que la orgullosa Medialuna cedió
por primera vez al empuje de los hijos de Pe-
layo, reparad con qué entusiasmo dice:

Las huestes en confuso remolino
Mezcladas se confunden, y presenta
La batalla, una masa que en contino
Movimiento se agita violenta.
Así ruge la mar, cuando el divino
Enojo, desatando la tormenta
Amenaza romper la inmensa valla
Que el fiero Ponto en las montañas halla.

Carros, lanzas, caballos y banderas,
En la sangrienta lucha se confunden;
Martinetes, garzotas y cimeras,
Al golpe de la espada al suelo cunden;
Las cimitarras de los moros fieras
De los cristianos los broqueles hunden,
Y del ibero la fulmínea espada
Rompe al infiel la adarga tresdoblada.

Llena el aire en disorde clamoreo
La ronca voz del fiero combatiente;
Mancha la luz del resplandor febéo
Subiendo al cielo polvareda ardiente.
Tal atruena y empaña del igneo
Báratro el humo y el rumor, la frente
Del claro sol y el azulado espacio
Do halla el águila altiva su palacio.

¡Qué enérgicas y bellísimas octavas! Su di-
fícil construcción, su pureza de estilo, y sobre
todo la verdad con que se describe tan grandio-
so hecho de armas, las coloca, en nuestro sen-
tir, en un lugar preferente y honroso para el
autor.

Por no molestar con mas citas la aten-
ción de aquellos lectores que, á fuer de ama-
bles y bondadosos, tengan la dignación de pa-
sar la vista por estos humildísimos renglones;
dejamos aquí la pluma: por otra parte duélenos
mucho robarles un tiempo que estará mejor
empleado leyendo las páginas subsiguientes. Sí,
leedlas; en ellas encontrareis esos bellísimos
romances á Covadonga ¡con qué nitidez y ga-
lanura están versificados! son, sin disputa, el
regente de esta bellísima corona con que la

musa del apreciable D. Nicasio Camilo Jovér
ha enriquecido el habla castellana.

José Peiret y Bosque.

Madrid y Agosto de 1848.



SAGUNTO.

Año 636 de la fundacion de Roma.

*Prius fiammis succensa
Quam armis devicta.*

Allá en la falda de Idubeda erguido
Tus fuertes torres, inmortal Sagunto,
Alzaron cerca de la mar, los nobles
Hijos de Samos.

Y en tí ayudados de edetana gente
Las bellas artes y el saber reunieron,
Que derramaban por Europa, entonces
Fenicias naos.

Todo era grande en tu precioso suelo;
Bellos vergeles tus campiñas eran,

Y tus naucleros sin temor surcaban
Todos los mares,

Te respetaba la opulenta Roma,
El gaditano tu poder temía
Y tu riqueza y tu saber, Cartago

Solo envidiaba.

Mas nunca, nunca con soberbia planta
Hubiera hollado tu recinto fuerte,
Sin la discordia de tus fieros hijos,
Ciudad invicta.

Mas ¡ay! que el pueblo que en rencores arde,
Y que su fuerza y su poder divide,
Si es investido por estraña hueste

Se hunde en ruina.

Por eso al verte en intestinos odios
Ardiendo fiera, el perspicaz Anibal,
De la rival de su orgullosa patria
Quiso librarse.

Y sin oír del triunfador Senado
La amiga voz, que la ajustada tregua,
Desde la orilla del lejano Tiber,

Le reclamaba.

Fingiendo astuto, compasiva ayuda
Dar con su fuerza al torboleto débil,
Quiso en tus muros su temida enseña

Ondear al viento.

Ya se gozaba en su seguro triunfo:
Ya imaginaba en tus palacios bellos
Dar hospedaje á los feroces hijos

De Africa altiva.

Ya disfrutaba su atrevida mente
Con los abrazos de tus mil hermosas,
Y ya creía respirar el aura

De tus jardines;

Mas tú, Sagunto, cuyo esfuerzo noble,
Del orbe absorto, en apartados siglos,
Pasmara debía á la asombrada gente,

No te aterraste;

Y el duro pecho de tus fuertes hijos,
Ante la lluvia de enemigas flechas
Fiera opusiste, y vaciló el esfuerzo

Del africano.

Y aquellas huestes que vencido habían
Del ancho Bétis en la vega hermosa,
Y que despues triunfantes traspasaron

El Trasimeno,

Hallaron dique á su poder pujante
En el esfuerzo de los nobles héroes,
Que cuna hubieron en tus fuertes lares,
Ciudad ilustre.

Bramó de furia el sucesor de Amilcar
Al ver que en vano con cien mil guerreros
Cercó esforzado tus robustos muros

Para vencerte:

Y duplicando su crecida hueste,
Como torrente que á los llanos baja,
De rábia henchido á penetrar tus puertas
Corrió de nuevo.

Mas ¡ay! le viste, y al pensar que ufano
Pudiera Anibal, tu señor llamarse,

Fuego prendiste á tus soberbias torres

Y entre las llamas,

Muerte encontraron tus valientes hijos ;

Polvo tus naves y tus parques fueron ;

Y todo , todo terminó aquel día

Menos tu gloria.

Y el que triunfante disfrutar juzgaba

Pingüe riqueza y amoroso halago

Sobre pavesas su triunfante enseña

Desplegó al viento :

Y si aun el nombre del valiente Anibal

Suena en el mundo , pasma á los mortales ,

Es porque al nombre de la gran Sagunto

Vive enlazado.



VIRIATO.

Año 614 de la fundacion de Roma.

Estendió el pueblo rey la férrea mano
Para oprimir al abatido mundo,
Y á cada gran nacion llega un romano
A dar leyes cual déspota iracundo.
Entra triunfante en la infeliz España,
Lleno de altiva saña,
Galba feroz, y el relumbrante acero
Esgrime con furor en los vencidos
Que al fin se vieron por su mal uncidos
A su carro ligero.

Mas no soportan la servil cadena
De Tubal los heróicos descendientes,

Y el yugo rompen que su cuerpo enfrena
 Y á triunfar ó morir corren valientes.
 El gran Viriato á combatir los guia,
 Y altivo desafia,
 Desde la choza do guardó el ganado,
 Las fieras lanzas con que el orbe doma,
 De la guerrera y opulenta Roma,
 El invicto Senado.

Y en la margen del sesgo Guadiana
 Alzando sus magníficos pendones
 Enviste la falange Pretoriana,
 Dando ejemplo de gloria á las naciones.
 Galba vacila; el águila triunfante,
 Del leon arrogante
 Al verse en la presencia, amedrentada
 Al Capitolio implora, y altanero
 El Capitolio, de Vitilia fiero
 Apercibe la espada;

Y cual ronco huracan que desatado
 Los campos cruza con feróz rugido,

O cual ancho torrente desbordado
 Que el valle inunda con estraño ruido;
 Entran sembrando destruccion y duelo
 En el hispano suelo,
 De Galba los terribles vengadores,
 Y vencen sin lidiar, y por do quiera
 Tornan en polvo una ciudad entera
 Sus carros voladores.

Viriato en tanto, cual robusto pino
 Que al huracan horrísono resiste
 Y desprecia al torrente cristalino
 Que su alto tronco secular enviste;
 Ve la nube de lanzas y banderas
 Que aportan altaneras
 Del Tiber las indómitas legiones,
 Y con bizarro alarde las aguarda
 Y vé impaciente que el momento tarda
 De abatir sus pendones.

Se encuentran ¡ay! el noble lusitano
 Con reducido egército pelea,

Y la hueste latina cubre el llano
 Que en sangre tinto contemplar desea.
 De polvo leve cenicienta nube
 Al firmamento sube
 Que densa envuelve á los que lidian fieros;
 Solo el rumor de la sangrienta lucha
 Y el limpio acento del clarin se escucha
 Que anima á los guerreros.

¿Mas quienes son los que huyen temerosos
 En la arena dejando á su caudillo?
 ¿Quienes de sus pendones tan gloriosos
 Manchan cobardes el fulgente brillo?
 ¿Vence de nuevo la romana lanza,
 Y su torba venganza
 Va á herir á Iberia con furor violento?
 No: que Viriato triunfa engrandecido,
 Y Vitilio infeliz yace tendido
 En el polvo sangriento.

¿Quién ya resiste la terrible espada
 Del humilde pastor? su heróica gente

Corre triunfando, y de la patria amada
 La cadena servil rompe valiente.
 Da libertad al débil turdetano,
 Al audaz carpetano
 Llama á la lid, despierta la osadía
 De la España ulterior, y Roma en tanto
 Vé á sus pretores con funesto espanto
 Vencidos cada día.

Cayo Plaucio murió, murió Unimano,
 Y de sus varas las potentes haces
 Sembró en los montes el terrible hispano
 Como nuncios de muerte pertinaces.
 Al ver aquel trofeo sanguinoso,
 El romano orgulloso
 A su pesar de espanto se llenaba,
 Y al mirar del ibero el casco erguido
 Por presagios de muerte combatido,
 De entrar en lid temblaba

En Roma de pavor se estremecieron
 Al ver la destruccion de sus soldados,

Y con heróico ardor se apercibieron
 A vengar los desastres comenzados.
 El gran consul Servilio corre á España,
 Y en el suelo que baña
 El aurífero Tajo, sus pendones
 Desplega airado, y con audacia fiera
 Busca de Lusitania por do quiera
 Los fuertes campeones.

Pero evita Viriato la batalla,
 Y en vano el Consul por lidiar ansía ;
 Do quiera bosques y montañas halla
 Que oponen fuerte dique á su osadia.
 En vano escaramuza enfurecido ;
 El hispano aguerrido
 En combates parciales le destruye,
 Y vé Servilio que perdiendo gloria,
 Vá á dejar en las manos la victoria
 Del que finge que huye.

¡Oh vergüenza! ¡oh baldon! solo un soldado
 Tres lustros lidia con la fiera Roma,

Y al rudo golpe de su brazo airado,
 A sus plantas las águilas desploma ;
 Y los nobles y altivos Senadores,
 De la tierra señores,
 No pudiendo vencerle como dinos
 Contrarios suyos, el hidalgo acero
 Trocando viles por puñal artero,
 Se tornan asesinos.

Yace dormido el héroe lusitano
 Sobre el fresco laurel de la victoria ;
 Tiene el escudo á la siniestra mano
 Y la espada sobre él, rayo de gloria.
 Brilla serena su anchurosa frente
 Magnánima, esplendente,
 Y radia en su semblante generoso
 La plácida espresion del varon justo
 Que duerme sin que turbe aciago susto
 Su pecho virtuoso.

Sueños de libertad y de ventura
 Hacen tal vez que con placer sonria ;

Quizas que vence al Consul con bravura
 Le finge su ardorosa fantasia.
 Tal vez contento con su noble hazaña
 ¡Victoria por España!
 Quiere gritar, cuando puñal violento
 Hiende aquel corazon de soberano,
 Y ahoga su noble voz la torpe mano
 De asesino sangriento.

¡Viriato pereció! ¡Roma cobarde
 Cubre sus restos con tu régio manto!
 No hagas de tu victoria infame alarde
 No insultes de los suyos el quebranto.
 El en la tumba vencedor reposa:
 Y tu con marca odiosa
 Señalado tan torpe asesinato
 En tu seno tendrás eternamente;
 Pues mancilla tu lauro refulgente
 La sangre de Viriato.



NUMANCIA.

Año 622 de la fundacion de Roma.

Numancia á sí se vence; su ruina
 Gloria dá á España, á Roma vituperio.
 (D. IGNACIO LOPEZ.)

Esos que talan las opímas vegas
 Por donde lleva sus azules ondas
 Al Océano, entre olorosas juncias,
 Duero fecundo;
 Esos que ostentan sobre limpios cascós,
 En vez de plumas, las brillantes alas
 Y las triunfantes y afiladas uñas
 De águila altiva;

¿Por qué soltando la ofensiva espada,
Segur humilde y azadon empuñan?...

¿Por qué celados de anchuroso escudo,
Siegan las mieses?...

¿No son los bravos, que al pujante Penó,
De lanza á lanza en horrorosa lucha,
Por siempre hundieron en la oscura nada
Junto al Euripio?...

¿Por qué al presente sin valor rehuyen
El duro choque de enemigas armas?...

¿Por qué no llegan al hogar abierto
Del numantino?...

Cual negra banda de garrulas aves,
Que vé en la roca al leopardo herido,
Y por temor de sus agudos dientes
No se aprocsima;

Y revolando en derredor aguarda
A que dé al viento el postrimer rujido,
Para lanzarse á devorar hambrienta
Sus frios restos;

Así el romano, en inaccion cobarde,
Mira de lejos la ciudad invicta
De do Pompeyo, Pison y Popilio

Rotos huyeron:
Roba el sustento á sus valientes hijos,
Y al paso que huye de sus rudas lanzas,
Acaso aguarda que afrentosa tregua

Pidan humildes.
Pero es inútil su esperar impfo:
En vano abriendo impenetrables fosos,

Pretende, infame, de las claras fuentes
Cegar el curso.

¡Ay! no conoce las terribles almas
Que hoy á su carro encadenar pretende;
Y si él olvida que la gran Sagunto
Murió entre hogueras,

No los sitiados, que al mirar sus casas
Sin el sustento al ecsistir preciso,
Al ver que todo les faltó en su pueblo,
Hasta las aguas,

Al ver que en tierra el miserable anciano
Mordiendo el suelo en actitud doliente,
Con torvos ojos, corrompida carne
Busca afanoso;

Al contemplar á la alligida madre
Que, ya agotado el amoroso seno,
Abre sus venas para darle vida
Al hijo amado;

Al ver en fin al colosal guerrero
Que, ya apoyado en la ñudosa pica,
Apenas puede sustentar las armas
Sobre sus hombros;

Sintieron ¡ay! la inspiracion horrenda
De enfurecerse con ardiente vino;
Y embriagados de licor y rabia
Todos se armaron.

Dejaron solo en la ciudad querida
Débiles hembras, impotentes niños;
Y todo aquel que sujetar podia
La férrea lanza,

Corrió al encuentro del romano campo,
Y sorprendiendo su murada fila,
Sembró la muerte, y con ardiente sangre
Bañó la tierra.

Al divisar tan furibunda hueste,
Scipion al punto sus valientes une,
Y apenas puede con cien mil guerreros
Dar la batalla.

Cada soldado numantino lidia
Con cien romanos, y cual tigre fiero
Que á grey humilde sanguinosa enviste,
La muerte esparce.

Sintió vergüenza el que abatió á Cartago,
Al ver temblar á los soberbios hijos
De la ciudad que, desde el Tiber, era
Reina del mundo:

Y desnudando su fulgente acero,
Terror de Europa, domador de Anibal,
Hizo morir, cual mártires gloriosos,
A sus contrarios.

Entonces quiso penetrar las puertas
De la ciudad cuyo valor pujante,
Tres lustros supo detener las lanzas
Del Capitolio.

Mas ¡ay! cuando iba triunfador y altivo,
Reposo á hallar en tan heróicos lares,
Vió que se alzaba remolino denso
De humo candente.

Corrió pasmado á detener las llamas;
Pero fué envano su afanar; cayeron

Las altas torres, y humente ruina
Vió ante sus ojos.
¡Decid Naciones! ¿Escipion el grande
Alcanzó gloria en tan fatal jornada?
No, que Numancia, á sus valientes hijos
Se rindió solo.





COVADONGA.

Año 718 de nuestra Era.

II.

Entre los rudos peñascos
Que desde el suelo se encumbran,
Siendo corona y muralla
De los confines de Asturias;
De ese pueblo valeroso
Do hallaron ilustre cuna
La libertad española
Y la religion augusta,
Se alza una erguida montaña
Que allá en las nubes oculta,
Cual gigante de granito,
La nevada frente adusta.

Bordan su empinada falda
A trechos brezos y juncias,
Y los breñales sombrean
Bosques de encinas, que juntan

El verdinegro ramaje
Con los robles cuyas duras
Ramas consiguen del tiempo
Contrastar la ciega furia.

Jamás otra voz resuena
En aquellas espesuras
Que la del zagal humilde
Cuando á su grey pasto busca,

A quien tan solo contestan
El eco de tristes grutas,
El torrente que rebrama,
Y el cierzo que airado zumba.

Por todas partes se miran
Barrancos donde murmuran,
Abriéndose fácil calle
Entre peñas, fuentes puras.

Y allá cerca de la cumbre
Entre dos crestas agudas,
Que enhiestas á la montaña
Dan remate, se columbra

Cual negro punto, la boca
De una caverna profunda,
Cuyas entradas defienden
Añosas hayas robustas.

Jamás llegó humana planta
A su borde, ni hubo nunca

Quien recorriese sus ámbitos
Para escrutar lo que ocultan.

Nadie vió la estensa plaza
Que encierra, ni las columnas
Que, filtradas desde el techo,
En el ingreso, figuran

Sostener la inmensa bóveda
Donde preciosas molduras
Prolijamente labradas
Supo suspender natura.

Nadie cruzó el laberinto
De galerías difusas
Do plácidos riachuelos
Entre céspedes murmuran.

Nadie, en fin, osó las aves
Espantar que allí se ocultan,
Ni desalojar las fieras
Que entre sus quiebras ahullan;

Hasta que un noble mancebo
Seguido de gente ruda,
Y armado de ciega audacia
Penetró su boca obscura.

Era la noche: zumbaba
El cierzo en las espesuras,
Y su pértigo de plata
Hundió entre nubes la luna.

Azotaba los peñascos
Aspera copiosa lluvia,
Y el trueno los horizontes
Llenaba con voz robusta.

Las tinieblas confundian
 Cielo y prados; inseguras
 En su asiento las montañas
 Se estremecian, y agudas
 Resonaban de los cárabos:
 Las agrías voces de angustia,
 Remedando los quejidos
 De la humana criatura.
 Nada se vé: horrible caos
 Es el monte, do sepultas
 Estan so la densa niebla
 Rocas, encinas y grutas.
 ¡Un relámpago!... su llama
 Un punto la tierra alumbra;
 Y en un sendero entre riscos
 Ilumina las figuras
 De silenciosos guerreros,
 Que con fatiga procuran
 Llegar del monte á la cumbre,
 Caminando con presura.
 Cual genios que la tormenta
 Ante sí rápida empuja,
 Van en fantástica marcha
 Sin que su paso interrumpen
 Ni los hinchados arroyos,
 Ni las grietas profundas,
 Ni los agrestes arbustos
 Que las sendas dificultan.
 Llegaron al fin; llegaron
 A aquella medrosa gruta,

Y en su cavidad inmensa
 Silenciosos se sepultan.
 Al instante de su seno
 Un lobo huyó con pavora,
 Y con temeroso ruido,
 Graznando, el espacio cruzan
 Negras bandadas de buitres
 Que en el huracan que zumba
 Se mecieron, dispersándose
 Azotados por la lluvia.
 ¿Quién son aquellos guerreros
 Que entre las rocas se ocultan?
 Dios lo sabe: la tormenta
 Siguió bramando con furia;
 Y cuando volvió el relámpago
 A lucir, tan solo alumbra
 Brezos que arrebatan el viento,
 Arboles que se derrumban,
 Anchos torrentes que braman,
 Y fieras que asilo buscan.

III.

Nació la plácida aurora
 Entre nacaradas nubes,
 Y desde su carro de oro
 El sol derramó su lumbré.
 Callaron los aquilones;
 Y las montañas azules,
 De blanca nieve ceñida
 Mostraron la escelsa cumbre.
 En vez del triste graznido
 De los cárabos, la dulce
 Voz de matizadas aves
 Por el aire se difunde.
 En vez de hinchados torrentes,
 Limpios arroyos discurren
 De peña en peña y los árboles
 Perlas en sus hojas lucen.
 Y de la profunda cueva,
 Que horror con su vista infunde,
 En vez de arrabiados lobos
 Salen guerreros ilustres,
 A saludar al Eterno
 Que allí libres les conduce
 De la universal ruina

Que en el suelo hispano cunde.
 Reliquias son de los godos
 Que la inmensa muchedumbre
 Del árabe, ó los traidores,
 O la fortuna voluble.
 Hundió en los sangrientos campos
 De Jerez: apenas luce
 El Sol en sus ricas armas
 Que el polvo y la sangre cubren.
 Ya no son aquellas huestes
 Que adornadas de tisues,
 Y gastadas por los vicios,
 Que la existencia consumen,
 Tras el carro de Rodrigo
 Sin fuerza al acero acuden.
 No: que un amargo infortunio
 Su alma gastada sacude.
 Otra vez de Recaredo
 Son los hijos: las virtudes,
 El valor, el entusiasmo
 De sus pasados, discurre
 De nuevo en sus nobles pechos
 Y esfuerzo ea ellos infunde.
 ¡Ay del árabe altanero
 Si otra vez al campo acude!
 El valiente don Pelayo,
 Mancebo que apenas cumple
 Cinco lustros, el que solo,
 Venció á Muzas y Gazules,
 Hoy juntando en torno suyo

A los que cual nobles cumplen,
Y á los soldados dispersos
En las breñas, dó no sube
Ser humano, así les dice
Con voz solemne, que lúgubre
Repiten los hondos écos,
Y resuena hasta en las nubes.

—«Nobles amigos que visteis
La afrentosa destruccion
De nuestra gloria en la márgen
Del Guadalete veloz;
»Vosotros los que lidiasteis
Por la cruz del Redentor,
Hasta que un mar de enemigos
Vuestro esfuerzo sofocó;
»¿Consentireis, por ventura,
Que un fementido traidor,
Y esos perros de Mahoma,
De eterna condenacion,
»Nos aten con ufania
A su carro triunfador,
Y en nuestros lares imperen
Con despotismo feróz?...
»No: valientes: nuestras vidas
Nos las ha guardado Dios
Para que otra vez alzemos
Su mancillado pendon...
»Yo voy á alzarle: la España

Al mirar vuestro valor,
A tan sacrosanta empresa
Toda correrá: mi voz
»Rauda cruzará el espacio
Recordando su baldon,
Al que en el ocio abandone
El acero vengador:
»Le mostraré entre cadenas,
A los pies del que venció,
A las vírgenes llorando
Mancilladas sin pudor;
»A los míseros ancianos
Sumidos en aficcion,
Y á los inocentes niños
Dulces prendas de su amor...
»¿Llorais, guerreros, pensando
En la horrible destruccion
De los apacibles lares
Dó vuestra infancia corrió?...
»¡Ahl! ¿llorais? No llanto, sangre
Debe correr, vive Dios,
Para destrozar el yugo
Que nos preparó un traidor!...
»Sangre, si, la limpia espada
Dad á los rayos del sol,
La vaina inútil al polvo,
Y á la pátria el corazon.
»No penseis que nos perdone
El árabe triunfador,
No fieis en las promesas

Del que vendió su pendon.
 » Como la fulminea llama
 Que en una encina prendió,
 Y se esparce restallando
 Por el bosque con furor,
 » Consumiendo hasta el arbusto
 Que entre los troncos creció.
 Asi el bárbaro agareno,
 Embriagado de rencor,
 » Destrozará de los godos
 Hasta el último infanzon....
 ¿Y depondriais las armas?
 No, valientes, eso no.
 » Si somos pocos ¿qué importa?
 ¿Acaso cedió el valor
 Jamás al número? nunca.
 Pensad que ya olvidó Dios
 » Nuestras culpas; y el que infame
 Huya la lid, mi furor
 Puede temer. ¡Viva España!
 Guerra al moro, y destruccion!!!»

Llegó aquí cuando en los valles
 El agrio sonido cunde
 De belicosas trompetas
 Que su discurso interrumpe;

Y á poco en la alzada cuesta,
 Que á la caverna conduce,
 Un caballero cristiano
 Y cien moros se descubren.
 Blanco pendon enarbolan;
 Y en sus diestras no relucen
 Desenvainados alfanges
 Que intencion hostil anuncien;
 Mas al mirarles los godos,
 A los peñascos acuden
 Que dominan el sendero
 Por donde afanados suben.
 «Tregua» grita el caballero,
 Y al arribar á la cumbre
 Los moros, vió don Pelayo
 Que el caudillo que conduce
 Aquella corta falange
 Es el vil Opas. Inútil
 Fué su prudencia; en sus ojos
 La indignacion fiera luce
 Que sintió al mirarse cerca
 De un traidor; pero discurre
 Que la tregua le defiende,
 Y como cristiano cumple.
 A la profunda caverna
 Que le hospeda le conduce,
 Y delante de los moros
 Y de los godos que acuden
 A escucharle, le pregunta

Al Obispo, porque sube
 A profanar el asilo
 De guerreros tan ilustres.
 El prelado disculpando
 Su altiveza, le interrumpe,
 Y así dijeron entrambos:
 Opas con acento dulce,
 Y el invencible Pelayo
 Con voz que su saña arguye.

Don Opas.

Hijo de Favila, nadie
 Ignora cual fué el valor
 Del godo, y su noble esfuerzo,
 Que por do quiera triunfó.
 Todos vieron con espanto
 Aquel invicto pendon,
 Gloria de nuestras falanges
 Y de la Europa terror.
 Al romano poderoso,
 Que rey del mundo se alzó,
 Hicimos salir de Iberia,
 De su águila con baldon;

Y despues á nuestro carro
 Nuestra pujanza amarró
 Las naciones mas indómitas
 Que alumbra el fulgente sol;
 Pero por fin la fortuna
 De ayudarnos se cansó,
 Y vencionos la cuchilla
 Del árabe lidiador.
 Y para funesto ejemplo
 De la inconstancia que Dios
 Dá á la ventura del hombre,
 El mismo sitio que vió
 Nuestra gloriosa grandeza
 Fué teatro de afliccion,
 Donde entre sangriento polvo
 El nombre godo se hundió.
 Ahora bien, si cuando grandes
 Y fuertes, nuestro pendon
 Se humilló dei agareno
 A los pies, ¿Acaso hoy,
 Tu solo, y abandonado
 Con tan mísera faccion,
 Oculto entre estos peñascos
 Cual fiera que el cazador
 Persigue, quieres imbécil
 Lidiar con quien te venció?
 ¿Piensas triunfar?.. ¡qué locura
 Noble Pelayo, depon
 Esas armas que te llevan
 Al precipicio: el Señor

Irritado por los vicios
 De los nuestros decretó
 En sus juicios inmutables
 Del godo la destruccion,
 Y lidiar por sostenerle
 Es alzarse contra Dios.
 Si bajas á la llanura
 Alcanzarás el perdon
 Y riquezas; mas si ciego
 Sigues lidiando, el furor
 Puedes temer de los moros
 Que llegan en confusion,
 Y el horroroso suplicio
 Que ya Alcama preparó.

Pelayo.

Acabasteis ya, Don Opas,
 Tan prolija relacion.

Don Opas.

Acabé.

Pelayo.
 Pues atendedme.
 Si habeis irritado á Dios,
 Vos, y Witiza y sus hijos,
 Mancillando sin pudor
 Las páginas sacrosantas
 De la augusta religion;
 Si entregados á la crápula
 De la virtud el crisól.
 Rompisteis con torpe mano
 En vuestra orgía feroz;
 Si vosotros la molicie
 Disteis al pueblo español,
 El profanando su cetro,
 Y el santo báculo vos;
 Si sacrilegos robasteis
 A la iglesia su esplendor,
 Y vos colmais tanta infamia
 Con una baja traicion,
 ¿A qué acusar á los godos
 De esa mengua? Si el Señor
 Está irritado, Don Opas,
 Vos debeis temblar, no yo.
 ¿Quereis que suelte la espada?
 Me ofreceis oro y perdon?
 Gracias, obispo; mas creo

Que ya el cielo se apiadó
Del pueblo que corrompisteis
Con vuestro ejemplo de horror.

Id á decir á los moros,
Vuestros Reyes, que el blason
De Fávila, ante esos perros
Ni aun en Jerez se humilló.

Guerra llevad, guerra eterna;
Y á ese Alcama tan feroz
Decidle que en Covadonga
Le aguardamos; que el temor

De su castigo no asusta
Al que nace en mi nacion;
Y vos, don Opas, marchaos,
Pues la tregua terminó,

Y ya me tienta el deseo
De ahorcaros como traidor.»

Dijo: el obispo cobarde,
De espanto palideció,
Y fué á anunciar á los moros
Tan noble resolución.

Como el rugir de las olas,
Que alzando espumas de plata,
Estrepitosas revientan
En las rocas de la playa,
Suena al pie del alto Auseva
El fiero rumor que causan
Las falanges de los moros,
Con el choque de sus armas.
Y el agrio son de las trompas
Llena la inmensa montaña,
Por cuyas ásperas cuestas
Trepan, rugiendo de rabia,
Los que en Jerez sepultaron
De Rodrigo la pujanza.
Sus numerosas banderas
Cubren la tierra: sus armas
Cual funesto meteo

Brillan del sol á la llama;
 Pero en tanto que arrogantes
 Don Opas y el fiero Alcama
 Seguidos de los infieles
 Erguidos peñascos ganan;
 Los inmortales guerreros,
 Eterna gloria de España,
 Aquellos que al gran Pelayo
 Por rey de Asturias proclaman,
 En Covadonga se aprestan
 A blandir la ferrea lanza,
 Hasta vencer á los moros
 O morir en la demanda.

El sol su brillante lumbre
 Desde el cenit derramaba
 Cuando aquellos mil soldados
 Contra un ejército traban
 Furiosa lid, La contienda
 Es desigual, pero es tanta
 La osadía de los godos,
 Tan terrible su pujanza,

Que dá pavor: la pericia
 Y el noble esfuerzo de Alcama
 Son en vano: en vano arrojan
 Los moros funestas armas
 A la cumbre; sus venablos
 De nuevo á sus pechos bajan,
 Y en vez de matar con ellos,

En ellos la muerte hallan.
 Tiembla don Opas: los moros
 Acongojados se paran,
 Pues un diluvio de flechas,
 Que el espacio cruzan raudas,
 Siembran la muerte, y ni un godo
 Se descubre en la montaña.
 ¿Con quién combaten? ¿qué mano
 Los rudos peñascos lanza
 Con tal ímpetu, que al valle
 Los hombres tras sí arrebatan?...
 ¿Quién defiende los senderos
 Con tan ínclita pujanza,
 Que aquellas fieras lejiones
 Terror del mundo, no alcanzan
 A dar un paso, y vacilan,
 Y retroceden pasmadas?...
 ¿Quién?... el cielo. Mientras ruje
 El agareno de rabia,
 Y fulmina la cuchilla,
 Y maldice la constancia
 Del cristiano, en Covadonga
 Guarecidos los de España
 Al paso que dan la muerte
 Y que la arrostran con calma
 Oran con ferviente lábio
 A la Virgen soberana;
 Y la reina de los Orbes,
 La de estrellas coronada,
 La que pisa al sol la frente

Y aspira celestes auras,
 Bajo su divino manto
 Amorosa los ampara,
 Y vá á darles la victoria
 Contra las precitas armas.

Declina el Sol... Sigue el moro
 En derrota: el fuerte Alcama
 Muere en la lid, y temblando,
 Opas, deja la batalla.

¿Visteis allá en Monjibelo,
 Cuando en la cumbre empinada
 Se abre el horroroso cráter
 Aterrando á la comarca,
 Correr cual fiero torrente
 Por las quiebras ignea lava,
 Rompiendo el eterno hielo
 Que encanece la montaña?
 Asi, pues, desde la boca
 De Covadonga, se lanza
 El valiente don Pelayo
 Con su falange bizarra,
 Y corre y llega y deshace
 A la hueste musulmana;
 Y el cántico de victoria
 Hasta los cielos levanta...

Venció, si; y aunque los moros
 Invadieron toda España,
 Atándola á las cadenas
 Allá en la Libia forjadas,
 En vano de los astures
 Combatieron las montañas.
 Los nietos del gran Pelayo
 Heredaron su pujanza;
 Y siete siglos corrieron
 Sin que el árabe alcanzára,
 Arribar de Covadonga
 A las profundas entrañas.



Volvio, diez y siete años los moros
Invadieron toda España de los reinos
Atandole á las cadenas del yugo
Allí en las haldas de las montañas
En vano de las montañas
Combatieron las montañas
Los hijos del gran Pelayo
Hicieron sus hijos; la historia
Y siete siglos corrieron
Sin que el árabe pisara
Arriba de Covadonga el año
A las profundas entrañas

Vistis en las montañas
Cuando en la cumbre empinada
Se abre el horroroso crater
Alzando á la cumbre
Por las montañas
Rompiendo el silencio
Que oculta el silencio
Así, pues, en las montañas
De Covadonga, se lanza
El valiente gran Pelayo
Con su falange heroica
Y corre y llega y se lanza
A la hueste musulmana
Y el cántico de victoria
Hasta los cielos levanta



Roncesvalles.

Año 812.

Entre la niebla oscura
Que el tiempo deja tras su rauda huella,
Aun se divisa la sublime frente
Del Monarca valiente,
Cuyo nombre entre mil, claro descuella;
Aun se divisa la imperial corona
Del grande Carlos, del audaz guerrero
Que hundi6 el poder del árabe en Narbona,
Al golpe duro de su limpio acero;
Aun se envanece Francia
Recordando á aquel héroe que á su sólio
Supo unir el poder del Capitolio;
Y que hnmill6 del griego la arrogancia,

Es la habitacion francesa
En esa de Roncesvalles.
Causa popular.

¿Quién resistir podría sus banderas?

Cayó Alemania á su poder pujante,
Y dominaron sus legiones fieras
Desde el Danubio al Tiber espumante.

Cuando un Monarca al árabe temia,
Humildoso llamaba á Cárlo-Magno;
Cárlo-Magno corria,
Y cual deshace embravecida ola
Estrecho dique de menuda arena,
Así la hueste bárbara agarena
Rota quedaba á su presencia sola:
Que eran su egida los nervudos brazos
De Anselmo y de Roldan, el héroe altivo
A quien nadie venció fuera de España,
Y la lanza del conde de Bretaña,
Y de Eginardo el hierro vengativo
¡Cuanto nombre alcanzó! ¡Cuanta victoria
Con esos héroes que de lauro ornados
El templo ocupan de la eterna glorial...

Vió su poder el indolente Alfonso,
Y por guardar el trono de Castilla
En sus postreros años,
Ofreció á Cárlos la española silla,
Si le salvaba de intestinos daños:
Y Cárlos arrogante
Vino á ocuparla con cien mil franceses,
Y olvidando los fueros
Del libre castellano,

Repartir ofreció, con larga mano,
Las coronas de Iberia á sus guerreros.
¡Oh vergüenza! ¡oh baldon! ¡la heroica España,
La madre de Pelayo,
Tambien se ha de humillar á esos pendones
Que aterran á las míseras naciones,
Como amedrenta al Universo el rayo?...

No: no será, que aunque el leon admira
El poder de las águilas rapantes,
Mientras lo ejercen en el ancho espacio
Con las tímidas garzas vacilantes,
No permite jamás que hasta la roca
Do él se guarece lleguen,
Y si á cernerse en su alrededor se atreven,
Con sus agudas garras las sofoca.

Admirá el español á su vecino;
Aplaudió sus victorias;
Mas cuando vió que engrandecer sus glorias
Quiso, humillando á la leal Castilla,
Llevó la noble diestra á la cuchilla,
Y aunque en número escaso,
Corrió á los Pirineos
A detener de su enemigo el paso.
Bernardo le guiaba,
Y en su terrible mano
La ponderosa lanza fulguraba
Que derrocó del Carpio al Castellano.
Pobre es su hueste; deslucido acero

Empuñan sus soldados ;
 Mas si no llevan refulgentes armas,
 De fé caminan, y de esfuerzo armados.
 Arden todos en ira
 Al ver que así su Rey los abandona,
 Y al pensar que vendiendo la corona
 Les condenaba á sempiterno duelo
 Y á pesada cadena,
 Juran morder la ensangrentada arena
 Antes de abandonar el patrio suelo.

Llegan á las montañas cavernosas
 Del navarro confin, y allí pujantes
 Esperan á las huestes arrogantes
 Que llegaron briosas
 Cubiertas de poder y ricas galas.
 Roldan armado de fulgente acero
 Conduce en pos de sí, seis mil ginetes,
 Y el conde de Bretaña, audaz guerrero,
 Manda diez mil peones:
 Siguen despues los ínclitos pendones
 Del Cesar valeroso
 Cuyo bando imperial, cubre las peñas.
 Do quier tremolan áulicas enseñas,
 Y reverbera el sol en los almetes,
 Y en las agudas lanzas
 Término de enemigas esperanzas.

¿Y osarán los caudillos castellanos
 Entrar en lid con hueste tan crecida?
 ¿Aguardarán la fiera arremetida
 De aquellos aguerridos veteranos?
 No, que al mirar con la naciente aurora
 De Cárlos los terribles batallones,
 Desplegó el gran Bernardo sus legiones;
 Pero no para huir, que fuera mengua,
 Sinó para lanzarse
 Como banda de buitres carniceros
 En rebaño de tímidos corderos.

Tal parecian al dejar las cumbres
 De las rocas alzadas
 Los fieros castellanos:
 Sus cotas empañadas,
 Las armas que el furor pudo juntalles,
 No brillaban al sol cual las francesas;
 Pero pronto brillaron sus proezas,
 Que dieron nombre eterno á *Roncesvalles*.

Al ver Roldan tan miserable gente,
 Quizas tuvo esperanza
 De ponerla en huida
 Alzando el cuento de su dura lanza;
 Más ¡ay! cual se engañó! Corrió ligero
 Con todos sus valientes
 A dispersar al invencible ibero;
 Pero ¿porqué tan de improviso para?
 ¿Porqué ni un solo paso

Puede ya adelantar? ¿Osa hacer cara
 Tan mezquina legion al héroe altivo
 Que á gigantes venció? Si, y un soldado,
 Un soldado no mas, pone en huida
 A mil y mil, y el que marchaba osado
 A llegar y vencer, perdió la vida:
 Que un mancebo valiente,
 Arremetióle audaz; él confiado
 En su fiera pujanza,
 Al primer bote de fulminea lanza
 Creyó abatir al jóven denodado.
 Mas ¡ay! la punta de su dura pica
 Se embotó en el broquel de aquel guerrero,
 Que le hirió en el costado con su acero.
 Bramó Roldan cual jerezano toro
 Que siente en la cerviz amarga herida;
 Bramó, y de nuevo le envistió valiente,
 Contento de encontrar tal enemigo;
 Y su fuerza potente
 Desplegando orgulloso, hacer testigo
 Quiso á su campo todo de su gloria.
 Las lanzas de los héroes se rompieron,
 Y sus limpias espadas relumbraron;
 Sus corceles fogosos relinchaban;
 Los ecos sus acentos repetían,
 Y á cada rudo golpe que tiraban,
 Con la sangre la tierra reteñían....
 Alzó el francés la bárbara cuchilla,
 Para acabar de un golpe la batalla;
 Pero el noble guerrero de Castilla

Logró romperle la fulgente malla.
 ¡Roldan murió! su amedrentada hueste
 Pide socorre al asombrado Cárlos,
 Que con todo el egército, furioso
 Corrió á los españoles,
 Y en la lid se lanzó para acabarlos.

Se afrontan ¡ay! Los ájiles flecheros
 Alivian el carcaj de las saetas.
 Y sacando en seguida los aceros,
 Lidian por un instante,
 De fila á fila; pero al fin mezclados
 En la lid se confunden,
 Y las montañas con sus golpes hunden.
 ¡Oh bárbaros, que horror! ¿Porqué los hombres
 Que nacieron hermanos,
 Por ese monstruo á quien llamamos gloria,
 Tiñen en sangre las fraternas manos?

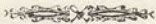
El polvo en remolinos
 Ofuscaba la luz del claro dia:
 El rumor hasta el cielo se elevaba,
 Y la sangre á torrentes se vertía:
 Cada espada era un rayo fulminante;
 Cada soldado una sangrienta fiera;
 Y Bernardo del Carpio el arrogante,
 De esterminio y horror el numen era.
 Cayó Eginardo á su terrible encuentro,

Y Anselmo de él huyó: ya no hay caudillo
 Que al Español se oponga. Cárlo-Magno
 Ve vacilar las armas triunfadoras
 Que estendieron su nombre
 Por cuanto alumbra el sol; y apareciendo
 Entre veinte banderas vencedoras:

—«Franceses, les gritó; no os dá vergüenza
 «Que esa tropa de débiles mendigos,
 «Envilecidos por los largos hierros
 «Que ei árabe les dió, pueda afrontaros?...
 «¿No os dá rubor que los cobardes perros
 «Osen alzarse hasta los nobles hijos
 «Del águila triunfante?
 «Pensad en vuestro honor, en vuestra gloria,
 «Y acaben esos tristes al instante.
 «A ellos franceses: recordad que el mndo
 «Ve con desprecio al mísero vencido,
 «Y que dá gloria y eternas lauros
 «Al que en las lides muere ennoblecido.»

Dijo: y de nuevo la horrorosa lucha
 Prosiguió mas sangrienta:
 Los de Francia su esfuerzo redoblaron;
 Pero Bernardo por do quier se vía,
 Y al fiero choque de su invicta lanza,
 Las huestes que impertérritas triunfaron
 En las vegas del Tiber, y de Arlanza,
 Los nobles escuadrones
 Que de Alemania en los estensos valles

Alcanzaron victoria,
 Huyeron de Bernardo en *Roncesvalles*,
 Huyeron ¡ay! El templo de la gloria,
 Héroe triunfante, os habrió sus puertas;
 Vosotros del imperio derrocásteis
 El inmenso poder.... Para cantáros
 Para ensalzar vuestros gloriosos nombres
 No es digna, no, mi destemplada lira:
 Yo solo puedo recordar el duelo
 Del poderoso Cárlos
 Que el universo á vuestras plantas mira.



Del véspero que reluce
Ofuscándolas á todas
Con sus hermosos vislumbres?

Así, pues, entre la niebla
Que el tiempo veloz difunde
En los siglos que á la nada
Ha hundido ya, se descubre
La frente magestuosa
De un soldado tan ilustre,
Que á los Príncipes y Reyes
Ofuscó con sus virtudes.

Aun se divisa su almete,
Aun el limpio acero luce
De su lanza, que á los moros
Robó tantas horas dulces.

Aun su gran nombre resuena
Al compas de los laüdes
De cien y cien trovadores
Que por la Iberia discurren.

El fué quien cumpliendo apenas
Quince abriles, volvió el lustre
A su blason mancillado
De una afrenta con la nube.

Hirió un conde el noble rostro
De su padre, anciano ilustre,
Y él le cortó la cabeza
En lid que su esfuerzo arguye.

Mas tarde cuando brioso
A las batallas acude
Nadie en valor le aventaja

Ni en las liablas le interrumpe;
Pues no hay escudo que embote
De sus armas el empnje,
Ni anciano que en los consejos
Admirado no le escuche

Sirvió á don Sancho su dueño
Como á los valientes cumple,
Y cuando el traidor Vellido
Las locas solicitudes

Cortó del Rey, cual villano
Que el torpe venablo encubre,
El solo, con férrea lanza
Contestó á la muchedumbre

Que desde Zamora al campo
Por los despojos acude;
Y el cadaver del Monarca
Llevó á su tienda, aunque impune

Dejó el vil asesinato,
Porque cuando todos buyen
Es locura y no heroismo
Entrar en la lid; inútil

Fué allí su arrojo pues nadie
Contestó á la negra nube
De improperios y amenazas
Que lanzó á los que circuyen
Las almenas de Zamora,

Do el vil Vellido se encubre.
 Nadie osó aceptar el reto
 Singular de aquel ilustre
 Mancebo, que á todo el campo
 De Doña Urraca atribuye
 Tan vil accion y propone
 Lidiar con cuautos le escuchen.

Despues cuando allá en Galicia,
 De no hay un héroe que luche,
 Por el reino le rindieron
 Homenage y servidumbre,
 Al bizarro don Alonso
 Que gruesas huestes conduce,
 El inmortal castellano
 No quiere que el Rey ocupe
 De don Sancho el régio trono
 Hasta que primero jure
 Del desastre de Zamora
 No ser el motor. Inútil
 Es el ruego del Monarca,
 En vano á Burgos acuden
 Prelados á convencerle;
 Él sus ruegos interrumpe
 Diciendo: — « El que es inocente
 » Jamás las pruebas rehuye.
 » Yo represento la patria,

» La patria exige que jure
 » El Rey, que al traidor Vellido
 » No dió el venablo. Si cumple
 » Lo que el castellano exige
 » Será mi Rey; mas si acude
 » A las armas, advertidle
 » Que mi pueblo no sucumbe
 » A sus amagos: que es fuerza
 » Que muchos soldados junte
 » Para combatir á aquellos
 » Que jamás los riesgos huyen,
 » Cuando la patria reclama
 » Que las espadas empuñen. »
 Y el Rey al ver que tenaces
 Los castellanos se unen
 Para probar su hidalguia,
 Y meditando que arguye
 Su resistencia delito;
 Ofrece aunque con vislumbres
 De resistencia y enojo
 Jurar su inocencia. Reune
 Luego sus huestes y marcha
 A Burgos, donde presume
 Que ningun noble se atreva,
 Pues piensa que espanto infunde
 Su poder, á demandarle
 Aquel juramento inútil.
 Pero se olvidó el Monarca
 De que aquel que entre una nube
 De flechas, lidió en Zamora,

No se asusta cuando cumple
 Lo que le exige la patria,
 Aunque el mundo le dispute,
 Y aunque un Rey quiera ofuscarle
 De su poder con la lumbre.



73
 A ver el Rey que le llega
 Y los nobles le reciben
 Con obsequiosas fiestas
 Todos al verte tocan
 La hidalga rebeldía en tierra
 Todos besaron su mano
 Y el terril de la tierra
 Menos un joven valiente
 Que con bizarría se porta
 Para humillarse a honrarlos
 Que Monarca digno sea
 Los castellanos suspenso
 Ante sus escacas quedo
 Se miran y hablan con
 En voz baja el pueblo
 Su resolución
 Y mostrando el camino
 Que siempre ha prescrito
 En todo el mundo
 Trajeron de sus
 Que la nobleza inocente
 Y los condes sus valientes
 De su acada se retiraron
 Y de tomar juramento
 A un Rey poderoso, temido
 Pero la patria
 Y la patria
 Ya todo está
 Ya se alza en
 Del año
 A Burgos llega el Monarca
 Con sus huestes altaneras
 A probar con juramento
 Su calumniada nobleza.
 El pueblo en tropel acude

Por aquesta santa casa
 Donde estamos dende ayuso,
 Que digades la verdad
 De aquesto que vos pregunto.

(Romance anónimo.)

A ver el Rey que le llega,
Y los nobles le reciben
Con obsequiosas finezas.

Todos al verle tocaron
La hidalga rodilla en tierra:
Todos besaron su mano,
Y todos le hicieron venia,
Menos un jóven valiente
Que con bizarría espera
Para humillarse al Monarca
Que Monarca digno sea.

Llegó el momento prescrito
Para la solemne fiesta
En que un Rey despues de misa
Debe probar su inocencia;
Y los condes mas valientes
De su osadía se aterran;
Y de tomar juramento
A un Rey poderoso, tiemblan;
Pero la patria lo exige
Y la patria es la primera,
Ya todo está prevenido,
Ya se alza en Santa Gadea
Del salterio misterioso

La voz que en las nubes suena.
El sacerdote entre incienso
El sacrificio comienza
Del Redentor de la vida,
Y el pueblo humillado ruega.

Termina al fin el prelado
Y el terrible instante llega
Del juramento: el Monarca

Su sitial soberbio deja,
Y con doce leoneses
Al sagrado altar se acerca.

Los castellanos suspensos
Ante sus escaños quedan:
Se miran y hablan confusos
En voz baja. El pueblo espera

Su resolucion ansioso,
Y mostrando la impaciencia
Que siente, mientras la angustia
En todos los nobles reina.

Trascurren breves instantes
Que largos siglos semejan
De inaccion, cuando un hidalgo
Que apenas seis lustros cuenta

Vestido de férrea cota
A don Alfonso se llega.
El pueblo todo, un murmullo
Levantó que el templo llena,

Y en todas partes oyóse
Decir: *el es*, con sorpresa;
Cuando de pronto el murmullo

Acalló su voz severa;
Y así dijo con acento
Que en las bóvedas resuena.

—Nada recela el soldado
De alta alcurnia y de valor;
Nada teme el que no falta
Ni á su patria ni á su Dios:
Y pues andáis tan remisos
Los nobles ancianos, voy
A tomar yo el juramento
Que os causa tanto pavor.
Rey Don Alfonso, Castilla,
Tanto á su don Sancho amó,
Tanto aborrecen los buenos
A su infame matador,
Que antes de doblar la frente
Al cetro que empuñéis vos
Os exigen juramento
De que de Dolfos no sois
Ni el complice, ni el impulso
Que su perfidia instigó.
Así sobre el Evangelio
Tended la mano señor,
Consultad vuestra conciencia
Y responded á mi voz.

¿Juraisnos, Rey don Alfonso,
En nombre del Redentor,
Que al infame asesinato
De Sancho segundo, vos
Ni en mandato, ni en consejo
Conspirasteis con baldon?...
Si jurais en falso, quiera
La Omnipotencia de Dios,
Que murais como él ha muerto,
Por la mano de un traidor
De villano nacimiento
Y villano corazón.»
A tan audaces demandas
Alfonso palideció,
Y calló un punto mirando
Al jóven con detencion;
Y él al verle suspendido
De nuevo le preguntó:

—«Decid, Alfonso, ¿juraisnos
Que no habeis sido traidor?»
«Si juro,» dijo el monarca:
Y entonces en tierra hincó
Aquel noble caballero
La rodilla sin rubor,
Diciendo:—Señor mi espada
Solamente á vuestra voz

Saldrá desde hoy de la vaina,
 Pues vuestro soldado soy,
 El rey miróle un momento,
 De tierra le levantó,
 Y sin hablarle, mezclóse
 En la inmensa confusion
 De cortesanos perversos.
 Que con dañada intencion
 Humilde perdon pidieronle
 Del juramento que dió.



Mas al fin el tiempo vos será testigo,
 que ellos mugeres son y yo Rodrigo.

(Romance anónimo.)

Diz que don Alfonso el sexto
 Fué un rey de glorioso nombre,
 De altas virtudes dotado
 Y de ánimo fuerte y noble;
 Y esta opinion de los sábios
 Y fieles historiadores
 Consignada en las leyendas
 Y en los rancios cronicones;
 Testifica claramente
 Que los reyes, los mejores
 Son para vistos de lejos
 Y al traves de tradiciones;
 Pues de su poder escelso
 Son tales los resplandores,

Es tan potente su diestra
 Para con los otros hombres,
 Que asi como es peligroso
 Que la fragil nave choque
 En los riscos empinados
 Que el mar en su espuma esconde,
 Es peligroso el contacto
 De esos alzados señores
 Que pueden con su mirada
 Hundir á quien les enoje.
 Generoso y justiciero
 Era Alfonso, mas hirióle
 Tan de vivo el juramento
 Que le exigieron los nobles,
 Que desde el solemne dia
 Del ceremonial, mostróse
 Desabrido y enojado
 Con aquel valiente joven
 Que osó en nombre de Castilla
 Pedir las aclaraciones
 De su inocencia, en la muerte
 Que á Sancho dieron traidores.
 Y por mas que fueron grandes
 De aquel héroe las acciones;
 Por mas que en las asambleas
 Su discrecion reconoce;
 Por mas que vé sus virtudes
 Y el respeto que á su nombre
 Guardan en Castilla toda
 Los pecheros y los nobles,

Aquel rey tan valeroso
 Le desprecia, y antepone
 Al bizarro caballero
 Los palaciegos mas torpes.
 Envidia le dá su esfuerzo;
 Su audacia le dá temores,
 Y piensa que ofusca el suyo
 De aquel hidalgo el renombre.
 La perfidia mientras tanto,
 Y la doblez de la corte
 Instan al rey contra el héroe,
 Que con sus vivos fulgores
 En la nada confundia
 Los mas antiguos blasones,
 Como un volcan oscurece
 Las hogueras de pastores.
 Y en premio de sus hazañas
 Y de sus fátigas nobles,
 A él y á los suyos destierra
 De su patria cual traidores.
 Supo el noble su sentencia
 Y al punto á palacio corre,
 Y asi al monarca le dice
 Con bien comedidas voces:
 —«Voime señor de Castilla
 »Pues asi vos lo mandais,

» Voime del pueblo do vide
 » Nacer la lumbre solar.
 » Aquí corrieron los días
 » De mi infancia, y aquí están
 » Las cenizas de Lain Calvo
 » So la losa funeral,
 » Por eso lloro: aquí quedan
 » Mis amores, mi amistad;
 » Aquí quedan los lugares
 » Que me vieron ensayar
 » Del troton sobre la silla,
 » El ejercicio marcial;
 » Aquí en fin queda mi madre;
 » Y solo conmigo van
 » Los recuerdos de una patria
 » Por quien lidié sin cesar.
 » A Dios, señor, y acordaos
 » Que el hombre que desterrais
 » Aunque os tomó un juramento
 » No os ha ofendido jamás.
 » Los infames palaciegos
 » Que osáronme calumniar
 » Con vos quedan: quiera el cielo
 » Que el árabe pertinaz
 » No embista vuestros estados,
 » Pues si llega á quebrantar
 » Las treguas que yo propuse;
 » A esos que os cercan en paz
 » Tan ufanos, en la guerra
 Cobardes vereis temblar,

» Y entonces Rey don Alfonso
 » Os acordareis quizas
 » De que un hombre que tenias,
 » Yá á vuestro lado no está.»
 Dijo y salió de Castilla
 A dar principio á su gloria
 Que hoy le muestra coronado
 Con eternal aureola:
 Pues en vez de revelarse
 Contra el rey que le deshonra
 Como es usanza en el mundo,
 Desenvainó la tizona
 Y al frente de sus vasallos
 Falange invicta aunque corta,
 Dejó su nombre esculpido
 Por do quier con sangre mora.
 Entró en Aragon, pujante
 Pasmando á la tierra toda
 Con sus rápidas conquistas,
 Con sus brillantes victorias,
 Y en Albarracin hallando
 A Berenguel, le provoca
 A combate, aunque del conde
 Son las huestes valerosas.
 Alfabé, el Rey de Denia
 Que mira con saña torva

Á aquel héroe, desde un día
En que de él sufrió derrota,

Al mirarle desterrado
Y empeñado en lid dudosa,
Juntando crecida hueste
Creyó hallar venganza pronta;

Mas ¡ay! cuánto se engañaba!
Nació una funesta aurora
Para su nombre, y el héroe
Que en las empinadas rocas

De Albarracín acampaba,
Unió su bizarra tropa
Y de su Rey Don Alfonso
Alzó la bandera heróica.

Viólo Berenguel, y airado
Desde un peñasco le escorta
Á que baje á la llanura
Diciéndole con voz ronca:

—«Miserable aventurero,
»Ya que es tanto tu valor,
»Ya que desprecias á todos
»Los que tus contrarios son,
»¿Por qué no bajas al llano
»Á combatir con honor?

»¿Por qué no dejas los cerros
»Do enarbolas tu pendon,
»Mas confiado en las águilas
»Que en la ayuda del Señor?
»Desciende al llano cobarde,
»Y veremos, vive Dios!

«Si eres digno de ese nombre
»Que te ha prestado el temor.»—

Oyó el guerrero estas voces
Y con marcada intencion,
Desenvainando la espada,
De esta suerte contestó.
—«El lugar menos riscoso

»De la comarca en que estoy
»Es este, Conde villano,
»Villano provocador!

»Ven hasta mí, miserable,
»Y te haré sentir quien soy.
»Y dile á Alfábie que acuda
»Para ayudar tu pendon.
»Díle á mas, que los despojos—

»Que en otra guerra perdió
»Aun en mi poder los guardo,
»Y que ésta es buena ocasion
»Para cobrar lo perdido

»En aquel dia de horror;
»Venid á lidiar conmigo
»Y por fin veremos hoy,
»Si es digno el nombre que llevo,

»Ó si me lo dió el temor.»—
Dijo: y llegando á las manos
Á los árabes destroza

En una lid que de sangre
Dejó las montañas rojas.
Berenguel fué prisionero
Con cien moros, y medrosas

Huyeron las demas huestes
 De la refriega espantosa.
 El caudillo castellano
 Recibió en su tienda propia
 Al Conde que osó insultarle
 Con voces tan injuriosas;
 Y escuchó desde su escaño
 Con ceño audaz y faz torba
 Las disculpas del magnate
 Que ante él la rodilla dobla;
 Y cuando hubo terminado
 Su arenga el Conde, le toma
 El héroe la mano alzándole
 Y así requirió á su escolta.
 —«Castellanos, aunque altivo»
 »Berenguel desde las rocas
 »Nos ha insultado, mostrémosle
 »Que nuestras almas heróicas
 »Vencen á los poderosos
 »Y á los humildes perdonan
 »Tratad desde hoy al cautivo
 »Con frente respetuosa,
 »Hasta que llegue la suma
 »Que rescate su persona.
 »Y á esos moros miserables
 »Que nuestra clemencia imploran
 »Dadles libertad: acaso
 »Sus hijos y sus esposas
 »No podrian rescatarles,
 »Y el que es cristiano perdona

»Al que vence en el combate,
 »Y su accion el cielo abona.
 »Soldados, sús!— esas tiendas
 »Levantemos sin demora,
 »Y volemós á Granada,
 »Do hace falta mi tizona.»—
 Dijo; juntó sus valientes
 Y abandonando las rocas
 De Aragon, voló á Granada,
 Y corrió la Iberia toda,
 Hasta que al fin dió á los vientos
 Su bandera victoriosa
 Sobre los muros de Edeta,
 Del vil Albenjafar joya,
 Y el árabe al ver su brio;
 Cid de los moros le nombra.
 Tal fué del leal Rui-Diaz
 La venganza; su alma heroica
 Olvidó del rey la injuria
 Y á España cubrió de gloria.



Podre supremae directoris notephanam

Todo el mundo existiendo se agitada
Kandentinas y largas discusiones atrop

Un triunfo parlamentario.



Abien arribando en sanguinos luchas
Se estremaba el torporo ciego solio
De las espaldas por el tornando fiero Y
Cruza con lo **Año 1055.**

Ferraris en el seno el bosque en jimen
Que se extendia por la tierra entonces
Guardaba y en el seno Berengario
Porreditor ganaba y en el seno con el

I.

Cuando allá en las riberas del Danubio,
Sobre la cumbre de encrespados montes,
Anidaban las águilas altivas
Del imperio alemán, pasmo del orbe;

Cuando Europa sumisa se humillaba
Del grande Enrique al eminente nombre,

Y era Victor segundo, de la Iglesia
Padre supremo, director y norte;

Todo el mundo cristiano se agitaba
En continuas y fieras disensiones,
Y en todas partes del terrible Marte
Enarbolaban el pendon los hombres.

Albion ardiendo en sanguinosa lucha
Se estremecía al fragoroso choque
De las espadas que el normando fiero
Cruzaba con los ínclitos sajones:

Francia en su seno el heresiarca jermen
Que se extendía por la tierra entonces,
Guardaba, y el astuto Berengario,
Prosélitos ganaba y defensores:

Y España atada al sarraceno yugo
Y obediendo á Régulos y á Condes,
Era el teatro de anarquía y duelo,
Aunque madre de altivos corazones.

Todo era horror!... Á la opulenta Roma
De todas partes las dolientes voces

Llegaban de los pueblos afligidos,
Demandando consuelo á sus dolores.

La fé abatida, la justicia hollada,
Puesta en olvido la equidad del hombre,
Las artes sin vigor, muerta la ciencia,
El sacerdocio corrompido y torpe,

Perdido el esplendor de las coronas,
Victor miró desde su silla noble,
Y á socorrer con amorosa mano
Al pueblo del Señor corrió veloce.

De la Toscana en el florido suelo,
En la ciudad cuyas erguidas torres
Retrata en sus cristales movedizos
El Arno hermoso que entre murtas corre;

Junta un Concilio, y á su seno llama
Los prelados de todas las naciones,
Para calmar el general trastorno,
Para dar esplendor de Dios al nombre;

Ya de Florencia en el soberbio Domo,
Monumento magnífico que el orbe

Admira por sus mármoles de Páros
Y por sus puertas de esculpido bronce,

Se hallan reunidos en augusta junta
De la Iglesia de Cristo los fautores,
Que han de tornar con su benigno influjo
La paz á los cristianos corazones.

Hildebrando, varon docto y severo,
Que desde humilde y retirado monje,
Por su virtud eximia y su entereza
Á Cardenal-diácono elevose,

Del gran Victor allí representaba
El cargo escelso, y en la silla donde
Tres coronas brillaban enlazadas,
Á presidir la discusion sentóse.

La paz y la quietud iba á buscarse.
¡Pero lo que es el corazon del hombre!
¡Cómo arrastran al mísero nacido
Del pecado la envidia y las pasiones!

Enrique de Alemania, el mas potente
De los monarcas de la Europa entonces,

Quiso abusar de su prestigio y fuerza
Para dar nuevo timbre á sus blasones.

Y al llegar su legado á aquel Concilio,
En el que era la paz el solo norte
Que se buscaba, el sedicioso grito
De esta manera alzó con labio torpe:

—Respetables ministros de la iglesia,
»Mi Soberano, que los cielos colmen
»De gloria y de poder, se halla injuriado
»Por el Rey de Castilla, que el renombre

»De Emperador se da; desatendido
»Es de Enrique el poder; se desconocen
»En aquel pueblo altivo sus mandatos,
»Y hasta con mofa y con desden se oyen.

»El generoso César, si tan solo
»Sobre él cayera injuria tan enorme,
»Callaria tal vez; mas meditando
»Que el pró comun ecsije que se corten

»Tales desmanes, á vosotros llega
»Y apela á vuestros fallos superiores,

- Antes de fulminar la invicta espada
- Contra ese pueblo audaz que se le opone.

- Meditad un momento nuestra queja.
- Y ¿qué fuera, decid, doctos varones,
- Qué fuera del poder del cristianismo
- Si humilde no siguiera los fulgores

- Del solio pontificio?... si no oyera
- Del Santo padre las solemnes voces,
- Pronto el orbe cristiano se hundiría
- Como se hunde el bajel en negra noche

- Cuando le embisten recios vendavales
- Y el gobernalle bienhechor se rompe.
- ¿Y qué sería la sagrada Sede
- Sin el brazo y valor de Emperadores

- Que el segundo lugar en mando ocupan
- De la iglesia de Cristo, y que anteponen
- Sus lanzas á los fieros enemigos
- Que al Pontífice santo injuriar osen?

- Sombra vana no mas, su poder fuera,
- Sombra vana no mas, y si desoyen

- Del imperio la voz pueblos altivos,
- Y antiguos usos cual rebeldes rompen

- Dando ejemplo funesto, pronto en sangre
- Inundada vereis la faz del orbe.
- Respectable Concilio, contengamos
- Si posible nos es tanto desórden,

- Y el Rey que independiente se apellida
- Del dominio aleman, otra vez torne
- Por grado ó fuerza á doblegar la frente
- Del César á los ínclitos pendones.

- Caiga la excomunion sobre Castilla
- Y si osa resistir, Enrique entonces
- Armará sus valientes y bien pronto
- Acatará el poder de sus leones. —

Dijo y calló: callaron los prelados
De Francia y de Albion: los españoles
A contestar no osaron, y el Concilio
Decretó consultar las opiniones

Del Vicario de Cristo, que al instante
Aplacó de Alemania los temores

Dando su solución á la consulta
Que hicieron tan doctísimos varones.

Era alemán el Pontífice,
Y en conciencia, decretó
Lo que pidió con orgullo
La alemana legación.
Mandó que se despachase
A España un embajador,
Que intimase á Don Fernando
En nombre del sumo Dios,
La órden de dejar al punto
El título que usurpó
Al ilustre Don Enrique
De Alemania Emperador.
Mandaba á mas, que Castilla
Diese obediencia al blason
De aquel invicto Monarca,
De aquel conclave alzó
Á quien un cónclave alzó
Á la dignidad de César
Por su esfuerzo y su valor;
Y terminaba el decreto
Fulminando escomunión

Contra el Rey y contra el reino,
Si á su poderosa voz
No obedecian humildes
Inclinando su pendon.

Llegó á Burgos el legado
Y á Don Fernando encontró
Córtes juntando en su reino,
De su reino para honor,
Y arribando hasta su trono
El decreto le entregó
Del Concilio: el Rey al verle
Leyólo sin detencion,
Y al llegar al entre-dicho
De rabia palideció.
— «Bien Arcipreste,» al legado
Le dijo con ronca voz,
«Yo juntaré á los varones
De mas nombradía y pró
Para darle la respuesta
Al Papa, que guarde Dios.»
Y juntando con presura
De su trono en derredor
Á la mas alta nobleza,
La respuesta consultó
Que dar debía al Concilio

Que así ajaba su esplendor.
 Todos los grandes llegaron
 De aquella contienda al son.
 Los pecheros se agolpaban
 Del alcázar en reedor,
 Pidiendo la independenciam
 Del territorio español.
 Los grandes se dividieron:
 Unos con noble valor
 Se opusieron á dar pecho
 Al de Alemania feróz:
 Otros temiendo del Papa
 La terrible escomunion
 Inclínaban la cerviz
 Indicando su temor;
 Y todo en Burgos son dudas,
 Todo pasmo y confusion.
 El Rey indeciso se halla;
 Ora consulta su honor
 Y vé que ceder no debe;
 Mas oye á la religion
 Y piensa que acaso ofende
 Con su resistencia á Dios.
 ¿Quién resolverá su duda?
 Ya á la nobleza juntó
 Y la nobleza fluctuando
 No decide la cuestion.
 Llama al pueblo: el pueblo imbecil
 Solo responde á su voz
 Con grito inarticulado,

Con sedicioso rumor.
 Y en tan amargo conflicto
 Un solo puerto encontró,
 Y á él acudió, mientras Burgos
 Era toda confusion.

Y en tanto que el político horizonte
 Del pueblo castellano
 De negros nubarrones se cubria,
 Que con furor insano
 Amenazaban hórrida tormenta;
 Al claro despuntar de hermoso dia,
 En un feudal castillo,
 Que elevaba su fábrica opulenta
 Del Arlanzon en la frondosa márgen,
 Se escuchaba de turba bulliciosa
 El alegre rumor. Allí sonaban
 En torno de los ricos aposentos
 Las voces de acordados instrumentos.
 Por todas partes regocijo y gala
 Resplandecer se via.
 Los pages y escuderos
 Cruzaban por do quier desatentados,
 Y las damas y nobles caballeros

Ora alegres danzaban,
 Ora la ancha pradera recorrian
 Y en la enramada espesa se escondian
 O á los oteros con placer trepaban.

Todo allí era contento. Venturoso
 El noble castellano,
 Jóven gallardo y rico y caballero,
 Acababa de asir la blanca mano
 De una hermosa doncella
 En nudo duradero,
 Y á presenciar su venturoso enlace
 En torno á sí sus deudos convocando,
 Sus tesoros espléndido menguaba
 De su amor la ventura celebrando.
 Poco parece que el alegre esposo
 Se cuida del estado de Castilla,
 Pues enbebido estaba en su ventura
 Viendo los ojos de su esposa pura;
 Pero de pronto abrióse su aposento,
 Do entre hermosas y jóvenes danzaba,
 Y un caballero entró que publicaba
 Con su porte su origen opulento.
 Al verle el castellano
 Corrió á su encuentro y lleno de alborozo
 Así le habló, tendiéndole la mano.

El Castellano.

¿Conde vos en mi castillo,
 A que le debo honra tal?..
 ¿Cómo dejais el escaño
 Que el rey en Córtes os dá?
 ¿No acudisteis á las juntas?...
 Venis fatigado? hablad...

El Caballero.

Vengo por vos.

El Castellano.

¿Por mi, Conde?...
 ¿Pues el Rey no sabe ya
 Que alcancé por fin licencia
 Para venir á gozar
 Algunos dias mi estado
 Mientras Castilla esté en paz?...
 Qué? ¿rompió la tregua el moro?..
 ¿Se reveló la ciudad?...

El Caballero.

No, pero ved ese pliego,
Y él la razon os dirá
Porque estoy en vuestras tierras
En tal dia y á hora tal.

Y asi diciendo, el decreto
Del Pontífice le dá
Mostrando disgusto y pena
En su gesto y ademan.
Leyólo el jóven con pausa
Y con bien serena faz,
Y al llegar al fin, doblándole
Preguntó con frialdad.

El Castellano.

Y el rey que dice?

El Caballero.

El rey duda
La respuesta que ha de dar.

El Castellano.

¿Y qué dice la nobleza?...

El Caballero.

Las opiniones están
Encontradas, y se duda
Si obedecer ó negar.
Revuelta teneis á Burgos
Con tal cuestion.

El Castellano.

¡San Millan!

Me asista! ¿Dudan los nobles?...
Rugier, pronto mi alazan
Ensilla, dispon mis armas.
Vamos, conde, á la ciudad
A sacar al Rey del lodo
En que arrastrándose está,
A despertar á esos torpes
Palaciegos que ya van,
Con el ejemplo del moro
Tornando á la triste edad

En que Witiza y Rodrigo
 Mancharon el manto real...
 ¿Conqué el Concilio nos manda
 Las cervices doblegar?...
 Pues, vive Dios, que me place
 La intencion del alemán!

Y así diciendo de los tiernos brazos
 De su gallarda esposa
 Se arrancó el mismo día
 En que cumplirse via
 Su suerte venturosa.
 Que era español el jóven caballero
 Y aunque olvidarlo todo aparentaba,
 Cuando á su esposa plácido abrazaba;
 Al saber que la pátria le exigia
 Su presencia ó su acero,
 A la patria corria,
 Que al fin la madre patria es lo primero.

Que ver he pronto resuena
 El rumor de las pisadas
 De alguien que llega; y al punto
 Todos volvieron con ansia
 A la vez á la ricapuerta
 Alzando el rumor que resonaba
 El leve soplo del cedazo
 Que ajita las vendas
 De un penall; y allí vieron
 Entrar en la régia estancia

En el alcazar de Burgos
 Y en la magnífica cuadra
 Donde el trono de Castilla
 Sobre leones descansa.
 En escaños de brocado
 Y á la luz de ricas lámparas,
 Pendientes de la techumbre
 Cuyos tallados encantan,
 Se ven reunidos los nobles
 De mas valor y mas fama
 En torno del Rey Fernando,
 Que hundido en su sólio calla.
 Los cortesanos imitan
 Su hondo silencio, y la estancia
 El reposo de las tumbas
 En todo su ámbito guarda;

Pero de pronto resuena
 El rumor de las pisadas
 De alguien que llega; y al punto
 Todos volvieron con ansia
 La faz á la rica puerta,
 Alzando el rumor que causa
 El leve soplo del céfiro
 Que ajita las verdes ramas
 De un pensil; y todos vieron
 Entrar en la régia estancia
 Dos caballeros armados
 De la espuela á la celada.
 Ambos llegaron del trono
 Hasta las soberbias gradas,
 Y doblando la rodilla
 Acataron al monarca.
 El Rey abrazó al instante
 A uno de ellos, y en voz alta
 Le dijo:—«Por Dios, Rui-Díaz
 Que afanoso os aguardaba
 ¿Visteis el decreto?—

—» Si.

—» ¿Y qué os parece?

—» Señor,

«Me causa pena y rubor
 «Que dudeis un punto así.

«¿No vale mas en la guerra
 Perder la vida cual buenos,

Que ver á reyes agenos
 Dominando nuestra tierra;

» Y perder la libertad
 Que nuestros padres nos dieron,
 La libertad que adquirieron
 Con esfuerzo y lealtad?...

» ¿No vale mas perecer
 Que escuchar la burla fiera,
 Que esa Alemania altanera
 De nuestra pátria vá á hacer?

» ¿Porqué á los moros insanos
 Derrocamos con valor,
 Si ahora sufrir el rigor
 Debemos de otros tiranos?...

» La autoridad, la riqueza
 Que nuestros héroes ganaron,
 Y con sangre conquistaron,
 Y con inclita nobleza,

» La gozarán los estraños,
 Y en nuestra acerba tristura

Solo su cadena dura
Sentiremos y sus daños:

«¿Que vale haber derrocado
A las águilas romanas,
Si hoy la grullas alemanas
Han de gozar nuestro estado?»

«¿Temeis al emperador
Porque al fulgor de su gloria
Veis que cede la victoria
En los campos del honor?...

«¿Temeis de Victor la saña
Porque en su decreto ha dicho
Que fulminará entredicho
Contra las tierras de España?»

«¡Vive Dios! que esa pavura
Indigna es de castellanos
Que tienen libres las manos
Para blandir lanza dura

«¡Grima me dá cuando veo
Entre la hidalga nobleza

De Castilla, esa tibieza
Que se opone á mi deseo.»

«¿Que no tuvisteis en cuenta
Vuestra respuesta al dudar,
Que acaban de fulminar
Contra la patria una afrenta?»

«Dejad temores rastreros,
Y despachemos legados
Decididos y esforzados
Que defiendan nuestros fueros.

«Quizá el Papa escuchará
Benigno nuestras razones,
Y de España á los blasones
El esplendor tornará.»

«Y si no, dispuesto estoy
A defender con mi espada
La causa justa y sagrada
Porque abogar me veis hoy.»

«Y afrontaré al mundo entero
Por la patria y los honores

Que guardaron mis mayores
Libres del yugo estrangero.

•Y retaré de traidor
Al que osare contrariar
Lo que acaba de inspirar
A mis palabras mi honor.

Dijo: y el Rey levantándose
De su escaño en el momento,
Así habló, con firme acento,
Con el guerrero encarándose.

—•Bien por Dios! dadme la mano,
Decidido habeisme ya,
Y hoy el Orbe admirará
El brio del castellano.

•Rui-Díaz, vos partireis
En el instante á Florencia,
Y allí con vuestra presencia
Nuestra causa abonareis.

—•Señor, contestó el soldado,
•Que vayan otros por mí
•Que yo he de quedarme aquí
•Con mi hueste preparado;

•Y si insiste en sus desmanes
•El Concilio contra vos,
•Cual con los toros, por Dios
•Cierro con los alemanes.

Al escuchar su vigoroso acento
Los pechos de los nobles se inflamaron,
Y llenos de entusiasmo y ardimiento,
Aplauso á su osadía tributaron:
Nombró el Rey la embajada en el momento:
Los grandes sus propuestas aprobaron,
Y dispusieron que de jefe vaya
El ilustre Alvar Yañez de Minaya.

Parten los embajadores
De Castilla para Roma,
Y el Cid con sus huestes parte
Hacia la insigne Tolosa;
Unos á pedir al Papa
Gracia para la corona

De Don Fernando, y los otros
 Para sostener la honra
 De Castilla, si de Victor
 Hallan la clemencia sorda
 Y los unos de legados
 Con las apacibles fórmulas,
 Y los otros con los filos
 De sus brillantes tizonas,
 Darán sin duda á su patria
 La libertad, y la gloria.
 Cundió en álas de la fama,
 Por los ámbitos de Europa,
 De Alemania y de Castilla
 La controversia ruidosa;
 Y los pueblos asombrados
 Aguardan ya con zozobra
 La decision del Pontífice
 En cuestion que tanto importa.
 De Alemania el poderío
 Es tal que á la tierra asombra;
 Pero del Cid el esfuerzo
 Todas las hazañas borra,
 Y el Papa duda confuso
 A quien dará la victoria.
 Ya se hallan las legaciones
 Alemana y española
 En el sacro Vaticano,
 A la faz de toda Europa,
 Disputándose el dominio
 De la nacion mas heróica.

Ambas su razon alegan
 Con argucia que las honra,
 Y ambas la cuestion dificil
 En pró de su causa doblan.
 El aleman altanero,
 Alega que la victoria
 Dió á su pueblo el privilegio
 Que sobre Castilla goza;
 Mas convencido el Pontífice
 De que injusticia notoria
 Es lo que Enrique demanda,
 Publicó á la tierra toda
 Que del aleman imperio
 Era exenta la corona
 Del ilustre don Fernando;
 Y vió la pasmada Europa,
 Que el pueblo do nacen Cides
 Yugo extraño no soporta,
 Pues sabe romper cadenas
 Y guardar limpia su gloria,
 Aunque el universo entero
 A su heroismo se oponga.





Las Navas de Tolosa.

Año 1212.

Nunca la gloria del nombre cristiano
pareció mayor.

(Mariana.)

I.

En un estenso y delicioso llano
Donde el Dauro entre juncias serpentea,
Y do jamás en el invierno cano
De árida escarcha el suelo se platea;
En un valle en que Bóreas inhumano
Nunca los altos árboles cimbrea,
Entre vergeles de jazmin y rosa,
Se levanta Granada suntuosa

Ambas enaxon...
Con arguis...
Y ambas la...
En ped de su...
El alemán...
Alega que la...
Dio á su...
Que sobre...
Mas convenido...
De que injusta...
Es lo que...
Publicó...
Que del alemán...
Era exento...
Del lustre...
Y vio la...
Que el...
Fugo...
Pues...
Y guardar...
De Alemania...
A su...
Todas...
Y el...
A quien...
Ya...
Alemana...
En el...
A la...
Disputa...
Do lo...

II.

Flor la mas bella del imperio moro,
De los Beyes del Africa querida,
Cuyo suelo fecundo es un tesoro
Y cuyo cielo á disfrutar convida;
Perla engastada en el anillo de oro
De tus praderas; Silfide escondida
Entre azahares, mirtos y laureles,
¿Porqué fuiste el Eden de los infieles?

III.

Ay! aun recuerdo los amargos dias
En que en tus templos al koran honrabas,
Y en que en vez de oracion, preces impias
Hasta el cielo sacrilega elevabas:
Entonces ¡ay! en tus mazmorras frias
A los tristes cristianos encerrabas,
Y un Miramamolín era tu dueño,
Que en ti se adormecía en blando sueño.

IV.

En soberbio salon de jaspes y oro,
Embalsamado con esencias puras,

Profanaba lascivo el torpe moro
La tez de tus preciadas hermosuras,
Amancillando el virginal decoro
De aquellas delicadas criaturas,
Sin meditar el injurioso agravio,
Con mano vil, y con impuro lábio.

Y en tanto que en los plácidos vergeles
Que el Genil baña con serenas olas,
Disfrutaba el señor de los infieles
El amor de las lindas españolas;
Recorrian la Iberia sus gomeles,
Tremolando sus rojas banderolas,
Desde el seno feliz de Andalucía,
Hasta las altas cumbres de Fuen-fria.

VI.

Todo el suelo de España recorrieron,
Y sus fértiles vegas devastaron,
Y cuando ya invencibles se creyeron
Sus progenies del Africa llamaron:
Los míseros cristianos les huyeron
Y en las altas montañas se ocultaron,

Y la Cruz del Señor fué perseguida
Del infiel por la raza maldecida.

VII.

Como las olas de espumante río
Que atraviesa las vegas desbordado,
Arrebatando en su furor bravío,
Arboles, chozas, hombres y ganado;
Así amenaza Mahomad impio,
Cruzar de España el suelo abandonado,
Y su cuchilla bárbara fulmina,
Muerte, desolacion, llanto y ruina.

VIII.

Como el ángel, Señor, que desterraste
De la mansion dulcísima del cielo,
Y al suplicio horroroso condenaste
De llorar en eterno desconsuelo,
Las delicias y encantos que encerraste
Tras ese azul y tachonado velo,
Sin permitirle echar de la memoria
Los santísimos goces de tu gloria;

IX.

Así lloró, Señor, el triste hispano,
Al contemplar con desolados ojos

Sus pueblos, del indómito africano
Convertidos en míseros despojos:
Via al moro gozándose en el llano,
Y su goce acrecia los enojos
Del que cual nuevo Tántalo, miraba
La dicha que avariento codiciaba.

X.

¿Y qué, Señor, permitirás que fiero,
El enemigo de tu santo nombre,
Pueda pisar altivo tu madero
Y que su triunfo al universo asombre?
Permitirás que el infeliz ibero
Perdida ya la dignidad de hombre,
Llore amarrado á bárbara cadena
En duro banco, ó en remota arena?

XI.

Si acaso te ofendieron sus pecados,
No sufrió ya bastante tu castigo?...
¿No huyeron los cristianos destrozados
Mil veces, de su bárbaro enemigo?...
¿No fueron de sus lares despojados?
¿No vagaron cual pálido mendigo,
Disputando én las breñas escondidas
A las fieras del monte sus guaridas?

XII.

Desarma ya, desarma de tus iras
 Por sus duelos, Señor, el brazo justo;
 Y pues el llanto y la miseria miras
 Del hispano infeliz, el ceño adusto
 Depon por un momento, de las piras
 Que ya prepara el árabe robusto
 Salva tus templos, salva á los cristianos
 Que á tí levantan las dolientes manos.

XIII.

Tu que á Faraon en los rugientes senos
 Sepultaste del mar embrabecido,
 Por salvar á tus hijos que serenos
 El piélago cruzaron dividido;
 Haz hoy que los furiosos agarenos,
 Que de Iberia la tierra han invadido
 Cual destructor y rápido torrente,
 Ante tu Santa Cruz bajen la frente.

XIV.

Ya, ya no puede el infeliz cristiano
 Por mas tiempo sufrir la vil cadena:

Lleva á la espada la valiente mano,
 Grito de alarma por do quier resuena:
 Cunde la voz, y el territorio hispano
 Va á sacudir el yugo que le enfrena,
 Que ya depuesto el humillante miedo
 A lid provoca al moro, el de Toledo.

XV.

Don Alfonso despliega sus pendones
 Del aureo rio en la frondosa orilla,
 Convocando á los ínclitos varones
 Que habitaban los montes de Castilla;
 Pide despues ayuda á las naciones
 Que dan tributo á la romana silla,
 Y en las vegas del Tajo en un momento
 De lanzas une innumerable cuento.

XVI.

Llegaron desde Roma mil soldados,
 Llevando en pos de sí la Cruz divina;
 Don Pedro de Aragon, sus esforzados
 Batallones intrépido avecina
 A los franceses, que de hierro armados
 Y de altivez, dejando la colina
 Del Pirene, á los llanos decendieron,
 Y al navarro impertérrito se unieron.

XVII.

Don Diego de Haro, acude valeroso
 Con diez mil vizcainos altaneros,
 Y engruesan el ejército famoso,
 De Santiago los nobles caballeros:
 Teobaldo de Blazon, el poderoso,
 Desde Potiers conduce sus guerreros;
 La Cruz de Calatrava centellea
 Cabe la enseña que el templario ondea.

XVIII.

Y así cual los arroyos que espumantes
 El limpio manantial abandonando,
 De peña en peña saltan susurrantes,
 Y el anchuroso llano atravesando,
 Llevan raudos sus linfas arrogantes
 Pedrezuelas y conchas arrastrando,
 Hasta la orilla del profundo río
 Que al fin convierten en raudal bravío;

XIX.

Así también, mil nobles caballeros
 Alzando de sus casas las banderas:

Soldados, montañeses y pecheros,
 Con rudos trages y con armas fieras;
 Incógnitos también, aventureros
 En fama claros, de almas altaneras;
 Del Tajo llegan al raudal sonoro,
 Para acabar con el altivo moro.

XX.

Y en sus márgenes bellas acampando,
 Forman un pueblo de albos pabellones,
 Donde brillan al viento tremolando
 De cien nobles ciudades los pendones:
 Las tiendas de los reyes, ostentando
 En los flancos los ínclitos blasones,
 Del campamento en la mitad alzadas
 Se ven de dobles guardias circundadas.

XXI.

Y cuando el sol por el rosado oriente
 Asoma raudo su carroza de oro,
 Vivificando con su luz ardiente
 Las praderas, do en cántico sonoro
 Saludan su llegada alegremente
 Las tiernas aves en acorde coro;
 Del aureo Tajo en las orillas suenan
 Guerreras trompas que el espacio atruenan.

XXII.

Al ver ya junta la guerrera jente,
 Don Alfonso Monarca de Castilla,
 Que anhelan con espíritu valiente,
 Blandir contra los moros la cuchilla,
 Se viste la armadura refulgente
 En cuyo almete la corona brilla,
 Y de su hueste intrépida seguido
 Abandona á Toledo enardecido.

XXIII.

Baja veloz á la florida vega,
 A los Monarcas coligados llama,
 Todo el inmenso ejército replega,
 Que solo al verle de valor se inflama;
 A los nobles tambien cuerdo congrega,
 De solar claro y de brillante fama,
 Y en una régia tienda reunidos,
 Se ven al fin cien gefes aguerridos.

XXIV.

Don Pedro de Aragon Rey poderoso,
 Con luciente corona en la cabeza
 En un rico sitial se ve orgulloso

Y en torno de él la flor de su nobleza:
 Allí Guillen Peralta valeroso
 Está con el de Aznar y con Andueza,
 Allí Gimeno, Coronel y Pardo,
 Y Romero Garcé, jóven gallardo.

XXV.

Teobaldo de Blazon, con lises de oro
 Ornada la dalmática, se via
 Junto á Moser Rodriguez que de Toro
 La enseña nobilísima lucia;
 Don Diego Lopez de Haro, que del moro,
 Cuando la espada intrépido blandia
 Era terror, cabe á Crosel estaba
 Que de Ampurias los tercios comandaba.

XXVI.

Españoles, franceses, italianos,
 Arzobispos, Abades y guerreros;
 Jóvenes de valor, nobles ancianos
 Doctos en paz y en las batallas fieros,
 Del Rey de los heróicos castellanos
 En torno estan, y anhelan los aceros
 Al viento dar, y piden la batalla;
 Mas se alza Alfonso, y el tumulto calla.

XXVII.

- «Valientes, dijo, nobles campeones
 » Que por la cruz del Redentor divino
 » Dais al viento los ínclitos pendones
 » Lidiando en nombre de tan' Santo Sino,
 » El valor de los nobles corazones
 » Que encerrais, al miraros adivino,
 » Y en vuestros ojos centellantes leo,
 » O de morir ó de triunfar deseo.

XXVIII.

- « Ya es hora, ya, que la funesta luna
 » Cuyo disco sangriento, amenazando
 » La Europa iluminar, de la fortuna
 » Iba en las alas rápidas volando,
 » Apague el esplendor con que importuna
 » Junto al leño de Dios se vió brillando;
 » Llegó el día de gloria y de venganzas.
 » El cielo ampara nuestras férreas lanzas.

XXIX.

- « Mañana cuando el sol por el Oriente
 » Asume su carroza fulgurante,

- » Y duerma imbécil la precita gente
 » En lechos de marfil y oro brillante,
 » Partirá nuestro ejército valiente
 » Hacia el suelo andaluz, y hará pujante
 » En mil pedazos con heróico encono
 » Del Miramamolín el fuerte trono.

XXX.

Llegó aquí Don Alfonso de Castilla
 Los pechos con su voz enardeciendo,
 Y ocupando otra vez la regia silla,
 Sonó de aplauso universal estruendo:
 Don Diego Lope de Haro, el sin mancilla,
 La venia de los principes pidiendo,
 Dejó su escaño, y con gentil talante
 De esta manera habló con voz pujante.

XXXI.

- « Nobles prelados, valerosos reyes,
 » Ilustres capitanes, caballeros,
 » Que anhelaís derrocar las torpes greyes
 » Que los hijos de Agar, ostentan fieros;
 » Todos sabéis que las humanas leyes,
 » Y de la guerra los eternos fueros,

- » Piden que un capitán noble y valiente,
- » Las leones comande solamente.

XXXII.

- » Yo al dirigir en torno la mirada
- » Con orgullo, contemplo envanecido
- » Mas de una regia frente coronada,
- » Mas de un noble varón, docto, aguerrido,
- » Que desnudando la fulgente espada,
- » De un ejército gefe esclarecido
- » Pudiera ser, pero entre todos veo
- » Que á uno se inclina el general deseo.

XXXIII.

- » Alfonso de Castilla, él fué el que alzando
- » El primero la voz desde Toledo
- » Convocó al fuerte y aguerrido bando,
- » Que vá á cubrir al árabe de miedo ;
- » El fué quien sus banderas desplegando
- » Despertó al español, que triste, acedo,
- » En inacción cobarde contemplaba
- » Al que sus bellos campos devastaba.

XXXIV.

- » Alfonso, Alfonso, » todos repitieron,
- Alfonso es nuestro gefe; y al instante

Como á tal las espadas se rindieron
 Con respetosa diestra, él vacilante
 Un momento calló; pero lucieron
 Sus ojos de entusiasmo, y arrogante
 En pié se puso, y con pausado acento,
 Así llenó con su palabra el viento.

XXXV.

- « Tanto me honrais, caudillos esforzados,
 » Aclamándome gefe, en este día,
 » De ejércitos tan nobles, tan sagrados
 » Que el mismo Dios á las batallas guía,
 » Que aunque sé que talentos elevados
 » Faltan en mí, y esfuerzo y osadía,
 » No quiero renunciar la escelsa gloria
 » De conduciros hoy á la victoria. »

XXXVI.

- » Á la victoria sí, pues aunque vea
 » Que pericia y saber á mí me falta,
 » Aunque eminente el enemigo sea
 » En riqueza y poder, mi alma se exalta
 » Llena de fé divina, y ya desea
 » Mi corazón que de entusiasmo salta
 » Entrar en lid; el Redentor me inspira

» Y Dios me abrasa con celeste ira, »

XXXVII.

- » Venerables obispos, al instante
- » En rogativa humilde alzado al cielo
- » Entre incienso el acento suplicante
- » Pidéndole por el cristiano suelo:
- » Nosotros la diadema centellante
- » Y el casco brillante en tosco velo
- » Troquemos, y de Dios la justa saña
- » Aplaquemos rogando por España. » —

XXXVIII.

Dijo: y al punto en la imperial Toledo
Y del Tajo abundoso por la orilla,
Suena del sacerdote el canto ledo;
De Dios la enseña en procesiones brilla:
Ya no hay un corazón que sienta miedo,
A todos su valor dió el de Castilla,
Que ante el ara de Dios arrodillado
Ora humilde de lágrimas bañado.

XXXIX.

Y después de rogar, sacó el acero,

Ciñóse con el áureo capacete,
Montó en su potro de batalla fiero,
Y el acicate ostigador le mete:
De uno en otro escuadrón corre ligero,
A todos la victoria les promete
En el nombre de Dios, las trompas suenan,
Y las montañas con su voz atruenan.

XL.

El ejército parte enardecido
Al despuntar la rutilante aurora,
Que en su carro de rosas guarnecido
Cruzando va el espacio que colora,
Y que hoy brilla en el casco rebruñido,
Y en la fulgente espada cortadora,
De aquellos aguerridos batallones
Que de Cristo tremolan los pendones.

XLI.

Don Diego Lopez de Haro vá delante
De extranjeros con hueste numerosa,
Y hácia el reino andaluz corre anhelante
Por fulminar su lanza ponderosa,
Contra el árabe altivo y arrogante
Que en el seno de España audaz reposa;

De Narbona el obispo va á su lado
De fuerte acero y religion armado.

XLII.

A Pedro de Aragon, Rey aguerrido,
El centro del ejército obedece,
Y cercan su estandarte esclarecido
Los tercios de Navarra: el aura mece
A su izquierda, el pendon nunca vencido
Do la cruz de Santiago resplandece,
Y entre lanzas sin cuento detrás brilla
La enseña del Monarca de Castilla.

XLIII.

Como las aguas que en raudal undoso,
Allá en Egipto el Nilo derramando,
Atraviesan con ímpetu furioso
El desierto, las mieses devastando;
Así el cristiano ejército brioso
De la Mancha los llanos va cruzando,
Y donde quier que sarracenos halla
Los destroza en horripsona batalla.

XLIV.

Arriba á Malagon, y los guerreros
Que del Temple el Maestre comandaba,
Al golpe de sus límpidos aceros
Destrozan á la hueste que guardaba
Sus murallas; despues corren ligeros,
Y llegando á la noble Calatrava,
A los hijos de Agar que la robaron
En asalto sangriento destrozaron.

XLV.

Aben-Mahomad, el desusado estruendo
Oye desde su alcázar ostentoso,
Y del ibero la arrogacia viendo
En alta indignacion arde furioso;
Al punto sus falanges reuniendo
Desenvaina el alfange sanguinoso,
Y de esta suerte al agareno grita,
Y á la lid destructora le concita.

XLVI.

— Hijos de Alá, los miserables perros
Que lamieron serviles la cadena

- » De Muza y de Tarif; y que á los cerros
- » Huyeron al mirar hueste agarena,
- » Hoy intentan romper los duros hierros
- » Con que mi brazos su furor enfrena,
- » Y cruzando las vegas, despiadados
- » Inmolan á los moros desarmados.»

XLVII.

- Ensillad los alijeros corceles,
- » Colgad á vuestras fajas la gumia,
- » Prevenid impertérritos Gomeles
- » Las flechas del desierto en este dia:
- » Fieros Cegries, Bencerrajes fieles
- » Los alfanjes blandid con valentia,
- Y dando al viento las crespadas colas
- » Hundamos las falánjes españolas »—

XLVIII.

Sonó su voz cual espantable trueno,
 Y en alas de los raudos aquilones
 Cruzó la mar, del bárbaro agareno
 Llegando á las incógnitas regiones;
 Y el africano de coraje lleno
 Al oirla, previno sus lejiones,
 Y sus galeras á la mar botando

Voló á España las velas desplegando.

XLIX.

Arriba en fin á Gades la opulenta,
 La precita lejion, y salta al suelo,
 Y de matar y de robar sedienta
 Busca la lid con detestable anhelo:
 Al gran Mahomad, el Gefe se presenta
 Del árabe feroz, y su desvelo
 Calma el Verde Seir, y enardecido (1)
 Va en busca del cristiano, enfurecido.

L.

Cubre la tierra la falanje mora,
 Ostentando poder, brio y riqueza:
 De sus potros la raza voladora
 Añade á los ginetes mas fiereza;
 Y al despuntar la rutilante aurora
 Reflejó en los contornos de Baeza
 En el oro, en la seda y pederria
 Que ufana ostenta la morisca impía.

(1) El Miramamolín Aben-Mahomad era conocido por el Verde Seir, por llevar siempre el turbante de este color.

LI.

Sigue en tanto el ejército cristiano
De la Mancha los pueblos reduciendo
A su noble valor, y llega ufano
De Alarcos á los muros: combatiendo
Se resiste un instante el africano
Que los guardaba; pero al fin huyendo
Dejó el pueblo en poder de Alfonso octavo,
Y de Don Pedro de Aragon el bravo.

LII.

Mas ¡ay! llega de pronto un mensajero
Y avisa que los árabes furiosos,
Han desnudado el fulminante acero
Y que á buscar la lid corren briosos.
Tal nueva enardeció del fuerte ibero
El noble corazon; pero medrosos
Los hijos de la Galia retemblaron,
Y á seguir combatiendo reusaron.

LIII.

Teobaldo de Blazon, hijo de Francia,

Al mirar de los suyos la flaqueza,
Levantando la voz con arrogancia
Les reprende su infamia y su vileza,
Pero en vano con ínclita constancia
Cien veces arengó; con vil bajeza
Los galos sus razones desoyeron,
Y de él y de los árabes huyeron.

LIV.

Pero ¿qué importa? el noble castellano
No cobardes aceros necesita
Para triunfar del bárbaro africano,
Y aunque tan baja iniquidad le irrita,
En busca de Mahomad va mas ufano
Con los hijos de España; audaz palpita
Su ardiente corazon y ya desea
El momento tocar de la pelea.

LV.

Llegan por fin, á la montaña alzada
Límite de Castilla, los soldados
De la íbera lejon que fatigada
Reposa un punto en los estensos prados;
Y entre tanto en la tienda destinada

Al Rey Alfonso, se hallan congregados
 Los gefes discutiendo con porfia
 El modo de llegar á Andalucía.

LVI.

El Obispo Don Tello de Placencia
 Que anhela asegurar la alta victoria,
 Escuchando la voz de la prudencia,
 Y teniendo presente en la memoria
 La pasada afliccion, á la paciencia
 Escorta á los guerreros; mas la gloria
 En el pronto combate ellos veian
 Y al instante lidiar todos ausian.

LVII.

Don Diego Lopez de Haro se levanta
 Y así les dice, con gallardo brio:
 — Nada al guerrero de la cruz espanta;
 • Riqueza, multitud y poderio,
 • Todo lo huella con soberbia planta
 • El que adora á mi Dios, y el hijo mio
 • Si lo quereis nos mostrará la senda
 • Que conduce del árabe á la tienda.

LVIII.

• ¿Á qué buscar mas cómodo camino?..
 • Acaso temereis de la montaña
 • Á la cumbre trepar?... nuestro destino
 • Depuso ya su venenosa saña,
 • Y hoy dá su amparo el Redentor divino
 » Á los guerreros de la triste España;
 • Yo ya cuento por nuestra la victoria,
 • No retardemos pues tan alta gloria. —

LIX.

«¡ Á la cumbre! á la cumbre!» repitieron
 Los capitanes todos, y se alzaron;
 Á la espada la mano condujeron,
 Y á voces el combate demandaron;
 Pero de pronto á Don Alfonso vieron
 Abandonar su silla, y le escucharon
 Decir de esta manera: — «Compañeros
 • Dad al aire los lípidos aceros.»

LX.

• Llegó el momento ya de la pelea;

- » Hoy cuando el sol decline hácia el ocaso,
- » Que á nuestras plantas el imperio vea
- » Del árabe altanero; nuestro paso
- » Nada detenga ya, mi alma desea
- » La victoria alcanzar, y si hay acaso
- » Entre vosotros quien vacile ó tema
- » Caiga en él al instante mi anatema: »

LXI.

Dijo: sacó la espada centellante,
 Todos tras él al campamento fueron:
 En su fuerte bridon montó arrogante,
 Los valientes caudillos le siguieron:
 Ordenó las falanjes, que al instante
 Las montañas altísimas cubrieron,
 Y cuando el sol en el cenit tocaba
 Ya el musulmíco campo se avistaba.

LXII.

El Mirámamolín está sentado
 De oro y seda y brillante pedrería
 En soberbio cojín; tiene á su lado
 Cien nobles musulmanes que á porfía
 Elogian su poder; y circundado
 Se halla su real, con la cadena impía

Que ya prepara al valeroso ibero
 Á quien piensa vencer con crudo acero.

LXIII.

Apenas vé las huestes españolas
 De la Sierramorena en la alta cumbre,
 Al viento dá las encrespadas colas
 Ordenando la espesa muchedumbre
 De sus guerreros, que cual negras olas
 De ancho río con fiera pesadumbre
 Se lanzan de las faldas á los llanos,
 Y aguardan con valor á los cristianos.

LXIV.

Mahomad montado, con pujante brío
 En un negro corcel de África ardiente,
 Ostenta su riqueza y poderío
 En el soberbio arnés resplandeciente:
 Viste cota de acero, y el impío
 Disco luce en su casco refulgente,
 Que con un verde terciopelo ornado
 Lleva siempre de perlas salpicado.

LXV.

Sus bragas son de grana rozagante,
 La juba de tisú de seda y oro,
 Y de un bello cordon pende brillante
 La rica vaina del alfange moro;
 La manga que al ambiente va flotante
 Ostenta de bellezas un tesoro;
 Por su espalda el horno gallardo ondea,
 Y la lanza en su mano centellea.

LXVI.

Así recorre el campo y levantando
 La voz dice á los suyos: — «Campeones
 »Que en el nombre de Alá correis triunfando
 »De las mas impérritas naciones,
 »Ya los fuertes alfanges desnudando
 »Debemos abatir esas legiones
 »Que hoy osan presentarnos los infieles;
 »Hoy debemos colmarnos de laureles.» —

LXVII.

»Si lograrán vencernos, en su saña

»Nuestras vidas furiosos cortarían,
 »Y de las vegas de la hermosa España
 »Por siempre nuestra raza espulsarian;
 »Despues ufanos con tan noble hazaña
 »Sus naves á las aguas botarian,
 »Y llegando á la Libia con encono
 »Derrocarían nuestro escelso trono.» —

LXVIII.

•Pero no, mahometanos, venceremos:
 •Humillarán á nuestros pies la frente,
 •Y con férreas cadenas ataremos
 •Para nunca soltar á tan vil gente:
 •Muchos huyeron ya, y hoy triunfaremos
 •De todo el que á la lid llegue insolente,
 •Y para dar de nuestro esfuerzo ejemplo,
 •Asolaremos de su Dios el templo.»

LXIX.

Aquí llegaba, cuando nube impura
 Desde los valles en gigante vuelo,
 Al firmamento se levanta obscura
 Y mancha el esplendor del limpio cielo;
 Su luz empaña el sol brillante y pura
 Y cárdeno ilumina el triste suelo;

La tierra retemblo, boreas bramando.
Rugió, los altos pinos cimbreado.

LXX.

La voz de aquel sacrilego altanero
Que amenazaba á la infeliz España
Llegó hasta Dios, que decretó severo
Derrocar de los árabes la saña;
Y como en muestra del desastre fiero
Que ya le espera á la nacion estraña,
El sol se obscureció para los llanos
Y las huestes bañó de los cristianos,

LXXI.

Que dejando las crestas empinadas
De Tolosa á las Navas arribaron,
Y ante Dios un momento arrodilladas
Con fé ardiente humildosas le rogaron;
Despues desenvainaron las espadas
Y en busca de los moros se arrojaron,
Como se lanza el águila valiente
Á combatir con la feroz serpiente.

LXXII.

Se embisten ¡ay! mi enronquecida lira

Á cantar la pelea no es bastante,
Mi voz en vano á referir aspira
Lo que vió el sol en tan terrible instante;
En vano el alma deseosa gira
De un campo al otro campo vacilante,
Para admirar las ínclitas hazañas
Que aun cuentan de Tolosa las montañas.

LXXIII.

Las huestes en confuso remolino
Mezcladas se confunden, y presenta
La batalla una masa, que en continuo
Movimiento se agita violenta:
Así ruje la mar cuando el divino
Enojo, desatando la tormenta,
Amenaza romper la inmensa valla
Que el fiero ponto en las montañas halla.

LXXIV.

Carros, lanzas, caballos y banderas
En la sangrienta lucha se confunden;
Martinetes, garzotas y cimeras
Al golpe de la espada el suelo cunden:
Las cimitarras, de los moros, fieras,
De los cristianos los broqueles hunden,

Y del ibero la fulmínea espada
Rompe al infiel la adarga tresdoblada.

LXXV.

Llena el aire en disorde clamoreo
La ronca voz del fiero combatiente;
Mancha la luz del resplandor Febeo
Subiendo al cielo polvareda ardiente:
Tal atruena y empaña del ignéo
Báratro el humo y el rumor, la frente
Del claro sol y el azulado espacio
Do halla el águila altiva su palacio.

LXXVI.

La sangre tiñe las peladas peñas,
Arroyada corriendo hasta los llanos:
De Cristo y de Mahoma las enseñas
Huellan do quier el moro y los cristianos:
Pisan para lidiar, en vez de breñas
Cadáveres los héroes inhumanos,
Y en todas partes destruccion y ruina.
El fiero Marte en su furor fulmina.

LXXVII.

El combate es ignal: Mahomad furioso
Lívido el rostro y con la lanza en ristre,

Abollado el almete suntuoso
Y rasgado el boroz, rugiendo embiste
El centro del ejército brioso:
Nada á su encuentro destructor resiste.
Llega, combate, vence y la victoria
Su sien corona con laurel de gloria.

LXXVIII.

Vacila el español; en vano esgrime
Don Pedro de Aragon el limpio acero
Los suyos animando; audaz, sublime
Se muestra en el valor el moro fiero:
Nadie le afronta ya; nadie reprime
El esfuerzo del bárbaro guerrero;
Gomez, Gimenez y Manriquez huyen,
Y á todos, los Gomeles los destruyen.

LXXIX.

¡Cielos! ¿acaso en el sangriento lodo
Se vá á hundir otra vez la Cruz divina?
¿Permitirás, Señor, que de este modo
Huelle el moro tu imágen peregrina?
¿Acaso quieres que de nuevo el godo
Como en Jerez la espada que fulmina,
Vuelva á rendir ante los torpes perros,
Que le preparan sempiternos hierros?

LXXX.

Pero ¿que miro? de improviso para
 El fugitivo ibero, y de repente
 Vuelve otra vez al árabe la cara,
 Y detiene de lanzas un torrente;
 Que un caballero al castellano ampara,
 Un caballero solo que valiente
 Llega blandiendo la ñudosa lanza,
 Ardiendo en sed de gloria y de venganza.

LXXXI.

Era el Rey de Castilla: su presencia
 Vuelve el esfuerzo al ínclito cristiano,
 Que morir ó triunfar con impaciencia
 Quiere ya del ejército africano;
 Se renueva la lid: ya no hay clemencia
 En el pecho feroz del hombre insano,
 Tres veces las banderas españolas
 Huyeron de las turcas banderolas.

LXXXII.

Pero el Rey don Alfonso, al ver que el día
 Iba rápidamente ya menguando,

Y que el esfuerzo el español perdía
 Sus puestos temeroso abandonando,
 Las falanjes juntó con valentía
 Sus caudillos en torno a sí llamando,
 Y subiendo veloz á una montaña
 Así á los hijos arengó de España.

LXXXIII.

—¿Que es esto compañeros, por ventura
 «Al que combate por la Cruz sagrada
 «Puede faltar su esfuerzo y su bravura?
 «¿Puede rendir la cortadora espada?
 «¿Esa falanje de árabes impura
 «Al horror del infierno condenada,
 «Ha de triunfar en tan solemne día
 «De los hijos de Cristo y de Maria?

LXXXIV.

«Castellanos ¿que haceis? ¿Que haceis guerreros
 «De Navarra y Leon? ¿Temeis la muerte
 «Teniendo en vuestras manos los aceros,
 «Y la divina enseña del Dios fuerte?
 «¿Olvidásteis cristianos caballeros,
 «Que el que acaba lidiando de esta suerte,
 «Hiende el espacio con divino vuelo,
 «Y va á gozar la eternidad del cielo?»

LXXXV

«Tornemos á la lid: caiga rendida
 «La soberbia del bárbaro enemigo;
 «En el nombre del Dios que da la vida
 «Vamos á combatir; venid conmigo,
 «Y al que evite la muerte en torpe huida
 «En nombre del Señor, yo le maldigo,
 «¡Santiago y cierra España! á la victoria,
 «Dios nos dará la eternidad, la gloria!

LXXXVI.

Dijo, y cual rayo por Jehová lanzado
 Se arroja furibundo á la pelea:
 Apenas puede el árabe pasmado
 Resistir, do su acero centellea:
 El español le sigue embriagado
 De entusiasmo y de fé: solo desea
 Ó morir ó vencer; y retemblando
 Huye veloz el sarraceno bando.

LXXXVII.

Mahomad intenta resistir valiente,
 Pero es vano su esfuerzo: cae herido

Del fogoso corcel: la ibera gente
 Mira por tierra al árabe rendido.
 ¡Cantemos al Señor, que al fin consiente
 Que el cristiano se eleve enaltecido
 Sobre el alcazar de cadenas y oro
 Que habitó un dia el detestable moro.

LXXXVIII.

¡Cantemos al Señor, que dió á la España
 Tan alta gloria en el tremendo dia
 En que al polvo lanzó la gente estraña
 Que sus fértiles vegas destruía.
 Allí acabó del árabe la saña,
 Allí se hundió el poder que antes tenía,
 Y la victoria del hispano honrosa
 Dió renombre á las Navas de Tolosa.



171

Del lagazo corcel: la libre gente
 Mira por tierra al arde tendido.
 Cantamos al Señor, que al fin consiente
 Que el cristiano se elove coltedido
 Sobre el altar de cadenas y oro
 Que habido un día el delectable moro.

LXXXVIII

Tan alta gloria en el tremendo día
 En que el poivo lanzó la gente estraña
 Que sus lectiles vogas destrina.
 Allí acabo del arde la saña,
 Allí se hundió el poder que antes tenía
 Y la victoria del hispano honrosa
 Dio renombre a las Yucas de Tolosa.



172



ROGÉR DE LAURIA.

Año 1283.

¡Cuánto un osado pecho
 Puede alcanzar entre la humana jente!
 Al que se alza brioso
 Por la fama locuaz engrandecido,
 Llevando altivo en la soberbia frente
 De cien victorias el laurel glorioso,
 Nadie es osado á resistir: humilde
 La humana condicion le dá tributo,

Sin atreverse á contemplar siquiera,
 Del hombre á quien ampara la victoria,
 El ceño adusto y la mirada fiera.
 Por eso el moro en los feraces prados
 Del bello Turia, con pavor huía,
 Al ver no mas los restos formidables
 De Rodrigo Vivar que no ecistia;
 Por eso Cárlos quinto valeroso,
 Sin combatir triunfaba;
 Y por eso Moscou quemó sus torres
 Sin aguardar de Córcega al coloso,
 Que á reducirla á su poder marchaba.
 ¿Qué es la fuerza brutal, no acompañada
 De noble corazon, de alma valiente?...
 Diganoslo Parthénope pasmada,
 Que vió dispersa la francesa armada
 Por el brio de Lauria solamente.

Cárlos de Anjou, su inmenso poderío,
 Desde la margen del profundo Sena,
 Orgullosa llevaba
 Hasta las costas de Trinaeria amena.
 Del Vesubio en las faldas tremolaba
 Su enseña victoriosa,
 Y á sus potentes naves,
 Que cubrian la mar, todo temblaba:
 Que el Rey que dió la muerte á Coradino,
 Alzaba sus banderas
 Siempre amparadas por dichoso sino.

Cansados ya de triunfos sus guerreros,
 Bajo el cielo de Nápoles hermoso
 Vivian altaneros,
 Y en plácidos vergeles reposaban,
 Cuando, rompiendo las cerúleas ondas,
 Se divisó á lo lejos
 Mezquina armada de ligeras naves,
 Que del sol á los últimos reflejos
 Desplegaba los ínclitos pendones
 Del bravo aragonés. La sombra oscura
 La cubrió en breve con su negro manto;
 Mas cuando todo en Nápoles dormía,
 Oyeron los franceses con espanto
 Discordante rumor; el torpe lecho
 Todos dejaron, y al llegar al muro
 Sintieron palpitar de rabia el pecho;
 Pues los endeble pinos,
 Que á lo lejos se vian,
 Cuando el sol al ocaso declinaba,
 Hasta las costas arribado habian;
 Y el Almirante audaz que los mandaba,
 De Parthénope al puerto
 Lluvia de raudas flechas arrojaba.
 Al ver tan grave injuria,
 Hecha á la gran ciudad, los corazones
 Del altivo francés laten de furia;
 Y desplegando al punto sus pendones,
 Botaron á la mar ferradas naos.
 El Príncipe valiente de Salerno,
 Saltó á ellas, rugiendo de coraje,

Con sus nobles franceses
A castigar tan afrentoso ultraje.

Al divisar la armada
De su enemigo, el español soltando
La blanca lona á la merced del viento,
Se hizo á la mar el piélagos surcando.
Hufanos, altaneros los franceses,
Pensaron que era huir, y alzando el grito,
Con el torcido caracol zumbaban,
Y al fugitivo aragonés llamaban
Con injuriosas voces,
Provocando á la bárbara pelea.
Por el aire mostraban los dogales
Que prevenido habían
Para colgarles de la entena alzada;
Pues sin duda creían
Vencerles sin lidiar; mas de repente
Volvió la proa la española armada,
Y en alta mar se preparó valiente
Á la sangrienta lid: quince galeras
Se dispusieron cual nadante muro
Desplegando sus ínclitas banderas.

Rogér de Lauria, en su lijero esquife,
Las diversas escuadras recorria,
Y con el ronco caracol gritaba
Al español que estático le oia:

«¡Ola, valientes! prevenid el pecho
»A la lid desigual; ellos dan vela
»Á triples naves; ¡pero qué! ¿podrían
»Por ser mas en el número vencernos?...
»¿Dispersar nuestras naves lograrían?
»¿Nuestras naves que en Rejio derrocaron
»De Cários el poder, y que triunfaron
»En Provenza bríosas,
»Y en Gerbes, y en Feliu y en Nicotera,
»Y en las riberas de Calabria y Rosas?
»No, valientes, nosotros de las aguas
»Somos dueños; nosotros no debemos
»Jamás retroceder, y á esos franceses
»Que al mirarnos surcar nos insultaban,
»Hagámosles sentir crudos reveses.»—

Aquí llegaba, cuando en raudo vuelo,
La armada por el Príncipe regida,
Llegó insultando con su orgullo al cielo;
Y el horrible abordaje
Comenzó con rumor. ¡Cuántos estragos,
Cuánto horror vió la mar!... Fiero coraje
Llenaba los ardientes corazones
De ambos bandos. Las naves de Salerno,
Infinitas en número, ostentaban
Riqueza y poderío;
Los soldados de Francia, orgullo y fuerza;
Y los de España, inteligencia y brio.
Cada galera de Aragon lidiaba

Contra tres naves; mas la voz se oía
 Del valiente Rogér que en su navio
 Al númen de las olas parecia:
 En su mano potente
 Una hacha formidable fulguraba,
 Y cada vez que el grito levantaba
 Se estremecía la enemiga gente;
 Que era su voz terrible como el trueno,
 Y al escucharla el catalan brioso,
 De nueva fuerza incontrastable lleno,
 Envestia furioso,
 Abordaba pujante
 Y nada á detenerle era bastante.

La capitana del heróico Lauria
 Llevando en pos de sí cuatro navios,
 La escuadra de babor de los franceses
 Envistió enfurecida,
 Y al ver el capitan su arremetida,
 Temblando amedrentado,
 Se hizo á la mar con nueve galeotas,
 Para salvarse en afrentosa huida.
 Entonces del ibero, entusiasmado
 Con tal ventaja, se redobla el brio.
 ¿Quién osa ya las valerosas naves
 De Aragon resistir? El noble gefe
 Del pujante español, se lanza airado
 Á abordar la enemiga capitana:
 Allí el Príncipe va, y allí combaten

Los mas nobles guerreros,
 Gloria de Francia, Montesquiu brioso,
 Jacobo de Breson y el de Estendardo;
 Todos, todos blandiendo los aceros
 En defensa del Príncipe gallardo;
 Pero en vano es lidiar: Rogér valiente
 Salta en la nave, y esgrimiendo el hacha
 Aterra audaz á la francesa gente.
 ¡ Con qué furor á todos envestia!...
 Á un terrible leon se asemejaba
 Á quien rabiosos perros
 Se atreven á afrontar: ya destrozaba
 El entrepuente con nervuda mano;
 Ya humillaba á sus pies nobles guerreros;
 Ya se olvidaba en su furor insano
 La ecsistencia salvar; y en todas partes
 Su vencedora frente se veía,
 Su hacha fatal la sangre derramaba,
 Su influencia feroz se percibia,
 Y su voz tronadora resonaba.
 Desigual es la lid: cuatro franceses
 Con cada aragonés lidian furiosos,
 Y tres caudillos á Rogér oponen
 Fuertes escudos, pechos valerosos;
 Pero ¿ qué importa? ¿ el esforzado ibero
 Al número ceder podrá por suerte?
 No, que primero la gloriosa muerte
 Lidiando arrostrará. Ya la victoria
 Por el pendon francés se declaraba,
 Y acaso se olvidó de que era esclava

De Lauria el inmortal, que al ver el brio
 Y el constante teson de los franceses,
 Alzó la voz pujante,
 Y á los suyos les dijo: «Aragoneses,
 »Desfondad la galera en el instante:
 »Y ¡ay! del que infame en la sangrienta lucha,
 »No lidie embravecido:
 »Si uno no mas, comete la vileza
 »De humillarse al de Nápoles rendido,
 »Le hago saltar la estúpida cabeza.»—
 Dijo: los suyos abren la escotilla,
 Y con horribles instrumentos bajan
 Á destrozár la cortadora quilla.
 Sigue en tanto la lid mas sanguinosa,
 Y cuando ya vacila el noble hispano,
 Entra por los barrenos
 La mar impetuosa,
 Á aumentar el horror del hombre insano.

Ya la pálida muerte
 Amenazaba con sonrisa fiera
 Su guadaña esgrimir, y los franceses
 Que el filo de las armas afrontaron,
 Al verse sumergir se amedrentaron.
 El Príncipe tembló, y estremecido
 Soltó la espada, y á Rogér llegando,
 Doblegó la rodilla,
 De la ya rota nave
 En la sangrienta tilla;

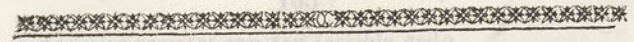
Y el sol que ya su frente sepultaba
 Entre doradas olas,
 Vió que el poder de Francia se humillaba
 Á las bizarras huestes españolas.

Las Almaguavores. (1)



Barco de guerra de las Almaguavores.

Desnudo el pecho, y desnudo el brazo,
 El Almaguavores se apresta á la batalla,
 Y el mundo se estremeció en su choque.



¿Quien son esos soldados? ¿Que pueblo arde en su tierra?
Cuyo salvaje odio llevo a destrucción
Desde el Ganges y Oriente y a la península Europa
Veniendo en mil combates, pujante subyugo?

Tos Almugávares,. (1)

Año 1290.

¡Hierro despierta!!!

(Grito de guerra del almugavar.)

Eubierta la cabeza con tosca red de malla,
Desnudo el pie nervioso, y envuelto en vil sayal,
El Almogavar fiero se apresta á la batalla,
Y el mundo se estremece su grito al escuchar.

(1) Especies de tribus errantes, compuestas de aragoneses y catalanes que tenian por única ocupacion la guerra. Tomaron su nombre de ir haciendo *almugaverias* (correrias) en las fronteras: cuando concluyó la lucha que acstuvieron VII siglos con los moros, no pudiéndose acostumbrar á la paz, pasaron á Italia á pelear por los reyes de Aragon, y de allí á el Asia y á Grecia á sueldo del emperador Andrónico en cuyos países hicieron proezas inconce-

Y el sol que ya en frente apollaba
Entre horachas oías
Vio que el poder de Francia se humillaba
A las bizarras huestes españolas
De humillado
Dijo los suyos con
Y con horribles
A
Y cuando
Entra por los
La mar

Annataba con
Se gualda
Que el de
Al
El Príncipe
Sotto la
Doblega la
De la
En

¿Quien son esos soldados? ¿Qué pueblo armó esa tropa
Cuyo salvaje brio llevó la destruccion
Desde el Ocaso á Oriente, y á la pasmada Europa
Venciendo en mil combates, pujante subyugó?

¿Quien son esos soldados? ¿En qué ignotas regiones
Forjaron los tres dardos cuya punta fatal
Ningun broquel embota? ¿Quien son esos peones
Que en la carrera burlan al mas raudo alazan?

¿Quien son esos soldados que evocan los aceros
Del sueño en que suponen que la paz los hundió?..
¡Hierro despierta!!! gritan, y al despertarle fieros,
Ya entonan los cantares del triunfo con fervor.

Bibles: segun Montaner, seis mil de ellos vencieron á treinta mil turcos en los confines de Cilicia. Su traje era pobre, iban como dice el precitado cronista, *mal enropats* y llevaban por únicas armas defensivas y ofensivas, una red de malla en la cabeza, y un espada corta, un chuzo y tres dardos que arrojaban con la mano con tanta fuerza como si usasen el arco. Sobre su origen andan encontradas las opiniones, y nada dicen los autores de su desaparicion.

Y nada les resiste; con tan terrible grito
Del moro sofocaron el fiero *Alá-achbar*,
Arrojando de Europa á aquel pueblo precito
Que triunfó en Guadalete tras el pendon de Agar.

Mas tarde sus banderas del alto Mongibelo
En la humeante cumbre, clavaron con valor,
Y al imperioso galo lanzaron de aquel suelo
Donde la altiva planta con orgullo estampó.

Supieron que las lunas en Asia derrocando
Al griego, mancillaron del Lábaro la cruz,
Y al punto sus vageles á las aguas botando
Volaron á los muros de la altiva Stambúl.

Y en breve sus espadas con bárbaros alfanges
Midiendo el duro temple, de Armenia en la rejion,
Al pie del alto Tauro, del turco las falanges
Tendieron en la arena, que en sangre se inundó.

Y cual torrente luego que el cauce abandonando
Devasta las praderas, corrieron por do quier,

En represalia horrible las vidas inmolando,
De los que hollaron torpes las cruces con sus pies.

Despues hasta el Iliso llevaron sus banderas,
Y al resonar sus pasos, el suelo retendió,
Creyendo que le hollaban las plantas altaneras
De los trescientos héroes que Grecia eternizó.

Pues solo los guerreros que á Gerges afrontaron,
Pudieran con tal brio la *via sacra* herir.
¿Acaso las Termópilas, dó yacen hoy, dejaron,
Y vienen de su patria el yugo á sacudir?

¿Acaso?... ¿Mas qué miro? no es griego capacet
Lo que en sus frentes brilla; ni escudo circular
Embrazan; solo cubren con rudo cocete
De cuero vil su pecho que denegrado está.

¿Quien son esos soldados? ¿que pueblo armó esa tropa
Cuyo salvage brio, llevó la destruccion
Desde el Ocaso á Oriente, y á la pasmada Europa
Venciendo en mil combates pujante subyugó?

¿Quién son? ¡Oid naciones! en Laletania hermosa,
Y en las vegas do arrastra el Ebro su raudal,
Esas invictas huestes hallaron cuna honrosa
Y son los Almugávares de esfuerzo sin igual.

Por eso en todas partes cuando la lid provocan,
Desplegan sus pendones con barras de Aragon,
Por eso en todas partes de España el nombre invocan
Y al recordar la patria redoblan su valor.

Del Arno en la ribera triunfaron por *España*;
¡Viva *España!* gritaron el Asia al subyugar;
Y al abatir en Grecia del turco infiel la saña,
Se oyó el nombre de España en *Sumnium* resonar.

¡O gloria! esas falanges con su invencible acero,
Leales estamparon por cuanto alumbra el sol,
El nombre de su patria junto al laurel guerrero
Que brota en todas partes do pisa el español.



TARIFA.

Año 1294.

Si mi donna l' offesa natura
Si di morte colpevol mi grida
Mondo taccia mi fé parricida
Della patria il santissimo amor.

(Salvatore Camerano.)

¿Es nube aquello que á lo lejos veo
Lamiendo la ola de la mar bravía?
¿Es blanca nube que a sorver las olas

Baja sedienta?
No, que espumante la azulada linfa
Hierve, y en pos de lo que miro queda
El ancho snrco conque marca el Ponto
La férrea proa.

¡Naves son! naves que el Hércúleo estrecho
 Pasan ufanas con la vela enchida;
 Naves que el viento de la Libia ardiente
 Rápido empuja.

¿Serán acaso las del nauta griego
 Que á Europa llegan de saber preñadas?
 ¿O las del persa que industrioso esparce
 Ricos tegidos?

Pero ¿que miro? las pesadas anclas
 Todas arrojan á morder la arena,
 Ante la playa do la gran Tarifa
 Alza sus muros.

Ya los esquifes á la mar botaron,
 Ya salta en ellos la marina gente,
 Ya bate el remo las azules ondas,
 Ya han arribado.

Mas ¡ay! ¿que escucho? de guerreras trompas
 Hasta mí llega el tronador sonido,
 Y ya diviso con la luz naciente
 Hueste aguerrida.

Blancos turbantes en las frentes veo
 De los guerreros que la playa llenan,
 Y en sus pendones, de la media luna
 Reluce el disco.

¿Será que torne la morisca gente,
 Como en Jerez á derrocar la gloria
 Del santo leño, y con servil cadena
 A atar á España?

No, que en Tarifa la virtud se encierra,
 Virtud sublime que faltó á Rodrigo,

Virtud que vence con su influjo blando
 Todos los males.

Llegó á sus muros la terrible hueste
 Que desde Tanger á Don Juan seguía,
 Y ufana quiso en su poder fiada,
 Dar el asalto.

Llegó, y embisten treinta mil guerreros,
 Que cual torrente, derrocar procuran
 El ancho dique que tenaz se opone
 Á darles paso.

Mas cual el agua que el pantano encuentra
 Indestructible á su feroz corriente,
 Y que mugiendo á su pesar estanca
 Las frias ondas,

Así se paran los pasmados moros,
 Al ver que altivo el español pujante,
 Opone al choque de sus fieras lanzas
 El pecho fuerte.

Dobla su fuerza, y á embestir de nuevo
 Torna los muros que Guzman ampara,
 Y otra vez huye avergonzado y roto
 El africano.

¡Salve guerreros cuya noble hazaña
 Renacer hace los grandiosos dias
 En que Numancia y la inmortal Sagunto
 Gloria nos dieron!

Salve á vosotros! la morisca gente
 No osó de nuevo combatir el muro,
 Y con el oro corruptor minarle
 Pretendió infame,

— «No compra, dijo el esforzado Alfonso,
 •Ni vende nunca el que nació altanero,
 •De la victoria los honrosos lauros

•A su enemigo.»

Y desnudando la fulmínea espada,
 Abrió las puertas de su pueblo invicto,
 Arredilando como á viles reses

A los de Libia.

El genio entonces de los negros males
 Quiso probar del de Guzman el pecho,
 Y horrible prueba á su valor prepara;

¡Prueba de sangre!

El vil Don Juan, que en el averno mora,
 Un tierno niño en su poder tenia,
 Hijo del héroe qué á Tarifa guarda,

Y asaz hermoso:

Al ver que en vano el impotente acero
 Blande furioso contra el fuerte muro,
 Y que es inútil el poder del oro

Para el sitiado;

Cogió en sus brazos al precioso infante,
 Llamando al padre que asomó á una torre,
 Y con sonrisa de sangrienta furia

Gritóle ronco:

— ¿Ves esta prenda de tu amor, Alfonso?
 •¿No ves cual llora? pues si al punto no abres
 •Las altas puertas de la gran Tarifa,

•Le doy la muerte.»

Calló: callaron los tres mil soldados
 Que desde el muro con pavor oian

La alternativa que el caudillo infame

Propuso al héroe

El bello niño de pavor lloraba
 Las manecitas levantando al cielo,
 Y hasta apartaron con horror los ojos

De él sus verdugos.

¡Padre infeliz! ¿La temblorosa mano
 ¿Porqué así llevas al ferrado almete?
 ¿Porqué te cubres con visera doble

La faz augusta?

¡Lloras! es justo que derrames llanto,
 Que es muy precioso tu querido hijo,
 Y son muy tiernas las amantes voces

Con que te llama.

Todos aguardan que á salvarle corras,
 Todos los tuyos por su vida claman,
 La madre tierna que le dió su pecho

Su hijo te pide.

Pero ¿qué rayo de celeste lumbre
 En torno brilla de Guzman valiente?
 ¿Veis cual se eleva? ¡colosal gig ante

Es ya á mis ojos!

Piensa que es padre de la heroica España;
 Piensa que el mundo sus acciones mira,
 Y oye al honor que con la voz del trueno

Habla á su oido.

— «Guzman, le dice, á esclavizar tu patria
 •Tus tiernos hijos destinar no debes;
 •Salva con ellos á la triste Iberia

•Y serás grande.»

Calló sus voces el honor, y el héroe
Mostrando al campo su sereno rostro,
Gritó sacando de su propio cinto

La limpia daga.
—Príncipe infame, para entrar las puertas
Que yo defiende con mi doble escudo,
«Fuerza es blandir la sanguinosa lanza

Con mucho brio.
De nada sirve tu amenaza flera,
Y si no tienes cortadora daga
Para acabar con su existencia pura,

Ahí va la mía.
Dijo, y al campo el resplendente acero
Brioso arroja, y con tranquila planta
Dejando el muro se entregó al reposo

Por un instante.
Bramó de rábía al meditar su injuria,
Y por el génio malhechor gniado
Don Juan infame, el paternal acero

Clavó en el hijo.
Grito de horror en el cristiano campo
Se alzó hasta el cielo y retumbó en los mares;
Grito de horror que amedrentó á las huestes
Del africano.

Salió Guzman de su murado alcazar
La causa á ver de tan amargo grito;
Y halló tendido en la sangrienta arena
Al hijo amado.

Volvió la faz y con pausado acento,
«Cuidé que entraban en Tarifa, dijo,

«Esos infieles, y el cobarde Infante
Que así asesina.»

Absortos, mudos, sin aliento quedan
Los españoles al mirar su calma.
¡Guzman invicto! inspiracion divina
Guió tus hechos.

Gloria á tu nombre, á tus cenizas gloria;
Yo te saludo y en mis venas siento
Hervir la sangre al recordar el día
De tu desgracia.

¡Día sublime á tu sagrada sombra!
¡Día de duelo á tus valientes hijos!
¡Día de espanto y destruccion completa
Para los moros!

Pues al mirarte tus heróicas huestes,
Al ver tu esfuerzo, deponiendo el llanto
Dejaron sola á la ciudad invicta,
Y enfurecidas,

Pidiendo al cielo con fervor venganza,
Con tanto brio á combatir volaron,
Que hasta la orilla de la mar siguieron
A tu enemigo.

Corrió Don Juan con la morisca gente
Lleno de espanto á sus desiertas naves,
Y dando al viento las rizadas velas
Huyó la armada,

Como la banda de nevados cisnes
Que vá á posar en las peladas rocas,
Y hallando el nido del feroz milano
Ráuda se aleja.

Grito de triunfo se elevó en Tarifa,
Y desde Calpe por la estensa España
Resonó el nombre de *Guzman el bueno*;

Nombre de gloria!

RAIMUNDO LULIO.

Año de 1302.

De agreste zarza entre el ramaje yerto,
A la orilla de arroyo cristalino,
Cruzando por mi patria peregrino,
Ví una mísera choza en un desierto.
A ella me encaminé, pero el incierto
Paso detuve absorto, pues divino
Un nombre hallé esculpido en tosco pino,
Un nombre de virtud y ciencia puerto:
Y exclamé al contemplarle.—Aquí olvidado
Está el tugurio donde á orar venia
El que murió las luces difundiendo;
Aquí Raimundo Lulio halló inspirado,
La antorcha con que honró la patria mia
De la tierra á los sabios instruyendo.

Grillo de cristal
Responde el hombre a la gloria
Nombre de gloria

RAIMUNDO JULIO

Año de 1802

De este xerxa entre el campo verde
A la orilla de arroyo cristalino
Cruzando por mi patria peregrino
Vi una misera obra en un desierto
A ella me encamine, pero el incierto
Paso detuvo absorto, pues divino
El nombre hallé esculpido en toscas pias
El nombre de virtud y ciencia puesto;
Y exclame al contemplarlo.— ¡Aquí olvidado
Está el fúlgido donde á orar venís
El que murió las luces difundiendo;
¡Aquí Raimundo Julio halló inspirado
La antorcha con que honró la patria más
De la tierra á los sabios instruyendo.



ISABEL LA CATÓLICA.

Año 1475.

Miradla allí.... guirnaldas y aureolas
De verdor inmortal ciñen su frente,
Que tejieron las glorias españolas
De uno á otro polo y del ocaso á Oriente.
Corona de los siglos,
Que orgullo fueron de la patria mia,
Pueblos, miradla allí.
. rayo lucente
Que iluminaba los futuros años
Su genio fué; y al soplo de su aliento
Se alzó el Coloso de la *antigua España*,
Y en él grabó su eterno pensamiento.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Tiranfa, ambicion, envidia, encono
Agitaban el reino de Castilla;
Bajo las plantas vacilaba el trono
De un torpe Rey, cubierto de mancilla;

Los grandes á los pueblos destrozaban,
 Los pueblos se agitaban
 Mordiendo con furor la vil cadena,
 Se despreciaban las sagradas leyes,
 Enmudeció el saber, y ya sin duelo,
 El robo, el homicidio y la anarquía
 Llenaron de afliccion tan noble suelo.

Tal se agita la mar en noche oscura
 Si embisten los bravíos aquilones
 La inmensa masa de su linfa pura;
 Mas si de pronto en la celeste esfera
 Su disco asoma la argentada luna,
 La mar que al mundo amenazaba fiera
 Queda en calma cual nítida laguna:
 Y así en Castilla aconteció... En los dias
 En que mas agitado
 Se miraba al Estado,
 Amenazando destruccion completa;
 Apareció como astro refulgente
 Una muger hermosa
 Sobre el ya débil trono,
 Que cual iris de paz supo amorosa
 De sus hijos calmar el fiero encono.
 Levantó su pendon; la cruz sagrada
 En él resplandecia;
 La multitud al verle, arrodillada
 Le bendijo gozosa
 Como bendice el náufrago afligido

La llegada del dia
 Cuando pasa la noche borrascosa.

Isabel! Isabel era la reina
 Que Castilla aclamó: la invicta espada
 De su valiente esposo
 Brilló desenvainada,
 Y el esfuerzo del noble Caballero,
 Y la grata dulzura
 De la ilustre heroína,
 El esplendor volvieron
 Al pueblo que otros Reyes convirtieroa
 En mísera ruina.

Cayó en Toro el poder y la osadía
 Del fiero portugues que meditando
 Ceñirse la corona de Castilla,
 De Ledesma juntó cabe la orilla
 Su numeroso bando.
 Creyó que sus falanjes vencedoras
 Destrozarían al primer encuentro
 Las huestes de Isabela;
 Mas ay! que los pendones castellanos
 Ya no ondulaban en las torpes manos
 Del indolente Enrique,
 Y Alfonso en vez de intonsos campeones
 Halló tropa de indómitos leones
 Que á su embestida audaz pusieron dique.

No empero se aterró : llegó pujante
 A la márgen del Duero ,
 Y allí al nacer el dia rutilante
 Se provocó la lid aterradora.
 Dos monarcas la espada cortadora
 En lo mas espantoso del combate
 Valientes esgrimian ,
 Y valor á los suyos infundian.
 Sangrienta fué la lid... Ya Don Alfonso
 Con su hueste triunfaba ,
 Pero de pronto en palafren brioso
 Apareció Isabel en la pelea ,
 Habló con firme voz á sus guerreros ,
 Y cual un tiempo á su Jason Medea
 Con mágico poder dió la victoria ,
 Con su voz la princesa solamente
 Hizo triunfar á la española gente ,
 Y dió á su esposo sempiterna gloria ,
 Derrocando de Alfonso la arrogancia
 Que se alejó temblando
 Refugio á hallar en la vecina Francia.

Calmó despues con su presencia sola
 Los enemigos bandos
 De los soberbios nobles que á porfia
 Lidiaban en la bella Andalucía.

Y al ver la augusta Reina sus dominios

Apaciguados ya , juntó sus huestes
 Y en derredor de sí, diestra llamando
 A todos los guerreros
 De nombradía y prez, corrió valiente
 A esterminar al árabe ominoso
 Que siete siglos ejerció en España
 Tiránico poder, reinado odioso.

Y esterminóle... La Imperial Granada
 Abrió sus puertas al valor pujante
 De la inmortal matrona
 Que en la Alhambra gentil entró triunfante
 Adornada de espléndida corona.
 Aplauso universal se alzó hasta el cielo ;
 Su nombre saludó la Europa entera ,
 Y cual astro de luz brilló en el suelo
 De Isabel la magnífica bandera.

Y aquel revuelto estado
 Que Enrique corrompió, y aquella gente
 Sediciosa y servil , fueron en breve
 Terror del mundo entero.
 El español guerrero
 Desplegó sus pendones
 Y voló á conquistar otras naciones.
 Portugal se humilló; la Italia entera
 Acató su poder; Francia temblando
 En Nápoles rindió su audaz bandera

Del gran Gonzalo al invencible bando.

Y en tanto que la Europa se humillaba
Al esfuerzo español, se abrió en Castilla
El templo de Minerva dó se daba
Lauro al saber. El labrador dichoso,
Vió brotar por dó quiera
A influjo de la paz, fruto abundoso,
Y nació á España eterna primavera.
Isabel al agrícola premiaba
Sus momentos de afan: ella ceñía
Con el laurel de Apolo
Al que la lira métrica tañía:
Al guerrero con honras le ensalzaba;
Al docto en sus palacios hospedaba,
Y en su córte la luz esplendorosa
Del alma inteligencia
Brillaba refulgente,
Envidia dando á la europea gente.

Los sábios á su amparo se acogian,
La fé su defensora la aclamaba,
Y la fé en ella baluarte hallaba,
Y los sábios por madre la tenian.
¡Cuán grande era Isabel! ella amorosa
Escuchaba igualmente
Al noble caballero,
Al soldado brioso y al pechero.

Un dia de su estancia suntuosa
A la puerta llegó con débil planta
Un extranjero de inspirada frente;
Pobre sayo sus ropas encubria;
El dolor sus facciones marchitaba;
Mas en sus claros ojos la osadía
De un corazon gigante centellaba.
Llegó á Isabel, y al verla respetoso,
Hincando la rodilla;
Así le habló: « ¡Ó encanto de Castilla!
» Yo soy Colon, mi bárbaro destino,
» Ocho años há que por el mundo todo
» Sin reposo me lleva,
» Buscando un Rey que á concebir alcance
» Lo que yo concebí; mas firme prueba
» Hizo la suerte ya de mi constancia;
» Despreció mis avisos
» Con escarnio y desden la altiva Francia:
» El nauta de Albion me llamó loco,
» Y mi patria tambien me tuvo en poco.
» Sin amparo, sin nombre, sin riqueza,
» Los sábios, de mi ciencia se mofaron,
» Los pueblos de mi llanto y mi pobreza,
» Y los magnates ¡ay! no me escucharon:
» Cansado ya, á mi hogar me retiraba,
» Pero llegó tu nombre esclarecido
» En alas de la fama hasta mi oido,
» Y á Castilla volé: por fin te encuentro
» Escucha tú mi voz: » dijo y cerrando
La puerta del magnífico aposento

Le reveló su noble pensamiento.
 Al paso que elevaba
 Con balbuciente labio el extranjero
 La voz solemne, de la Reina hermosa,
 La frente ruborosa
 Con entusiasmo mágico irradiaba,
 Y su escaño dejando de repente
 Convocó á sus vasallos
 Y así dijo: « Mi esposo que valiente
 » Combate en Aragen, la renta entera
 » Consume del Estado,
 » Para acabar á un bando que obstinado
 » Contra Castilla con furor se encona,
 » Mas nada importa, ni me arredra nada;
 » Los brillantes quitad de mi corona,
 » Prevenid mi vagilla mas preciada,
 » Y convertid en cables y bajeles
 » Mis piochas, brinquiños y joyeles.
 Nadie su intento adivinó, mas todos
 A obedecer sus órdenes corrieron
 Y absortos todos su conducta vieron.

Ya era límite estrecho todo el mundo
 Al nombre de Isabela,
 Y Dios quiso á su esfuerzo sin segundo
 Un mas allá ofrecer. La blanca vela
 De un vajel castellano
 Se hinchó en la mar, guiada
 Del gran Colon por la potente mano;

Y al despuntar de un dia,
 Glorioso eternamente para España,
 En otro mundo, tremolar al viento
 Espléndido se via
 En la cumbre de altísima montaña,
 Pasmando á las atónitas naciones,
 Un pendon con castillos y leones.

Los Reyes todos á Isabel doblaron
 Humildes la rodilla,
 Y hasta el sol, acatando el poderío
 De la ilustre Princesa,
 Jamás en sus estados se ponía,
 Que eternamente al reino castellano
 Daba su luz resplandeciente el dia.

Y al desquitar de un día
 Glorioso eternamente para España
 En otro mundo, tremolar al viento
 Espléndido se ve el sol, y
 En la cumbre de altas montañas
 Pasando á las altas naciones
 Un pendón con castillos y leones

Humildes la rodilla
 Y hasta el sol, se caía el poder
 De la ilustre Pigeza, y
 Jamás en sus estadas se podía
 Que eternamente al reino castellano
 Daba un luz espléndido el día
 Y convertía en cenizas
 A los reyes y señores
 Y convertía en cenizas
 A los reyes y señores

Al nombre de Isabel,
 Y Dios quiso á su castro
 De su vajal alceper. La blanca vela
 De su vajal alceper. La blanca vela
 De su vajal alceper. La blanca vela
 De su vajal alceper. La blanca vela



Quis Vives.

Año 1492.

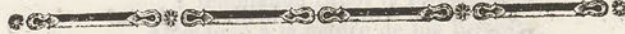
Cuando el ancho desierto abandonando
 La raza de los bárbaros impía,
 El fanal del saber que al hombre guía,
 Apagó, el Capitolio derrocando;
 La Europa que hasta entonces contemplando
 De Roma el esplendor, su luz seguía;
 Artes, ciencias, valor, filosofía,
 Vió hundirse, su desgracia deplorando.
 En vano de tan mísero destino
 Cien génios quieren detener la huella,
 La ignorancia su anhelo contravino:
 Hasta que al fin, cual resfulgente estrella
 Que ilumina á las ciencias el camino,
 Vives brilló desde Valencia bella.



Miss G. Jones

Año 1893

Quando el ancho desierto abandonando
La raza de los bárbaros impío,
El labal del saber que al hombre guía,
Apagó, el Capitolio derrumbando;
La Europa que hasta entonces contemplando
De Roma el esplendor, su luz seguía;
Artes, ciencias, valor, filosofías,
Vió hundirse, su desgracia deplorando.
En vano de tan misterio destino
Cien géneos quisieron detener la huella,
La ignorancia en anhelo contrayendo;
Hasta que al fin, cual relámpago estrella
Que ilumina á las ciencias el camino,
Fuesc dicho desde Viena bella.



UNA SOLEMNIDAD

en

EL VATICANO.

AÑO DE 1497.

Rumor confuso de apiñada gente
En la margen del Tiber se levanta;
Rumor que iguala al de la mar hirviente
Cuando las rocas con furor quebranta.

¿Donde corre ese pueblo soberano
Que del mundo los tronos repartía?
¿Va, por ventura, á celebrar ufano
Su gloria, su esplendor, su valentía?

¿Aplauda acaso al inmortal Camilo,
Que de valor y de entusiasmo lleno,
Dijo: «soy director» y fué tranquilo
A destrozar al orgulloso Breno?

¿Canta de Aurelio la brillante gloria?
 ¿De Scévola valiente el patriotismo?
 ¿O del dulce Virgilio la memoria,
 O de Decio el magnánimo heroísmo?

Mas ¡ay! qué miro: la opulenta Roma,
 Madre de Cesar, de Pompilio cuna,
 La que del Tiber las corrientes doma,
 La ciudad coronada de fortuna,

Hoy enlaza del Celio los laureles,
 No para ornar la frente de sus hijos
 Que durmiéronse en plácidos vergeles
 Sufriendo al despertar males prolijos,

Sino para premiar al gran guerrero
 Que con una legion débil y estraña
 Libró á Alejandro del desastre fiero
 Que le previno la francesa saña.

Un pirata con hueste foragida,
 ¡O destino infeliz de les naciones!
 Insultaba con lengua fementida
 De la Reina del mundo los blasones;

Y el vicario de Cristo allí temblaba
 De un soldado no mas, y el pueblo fiero
 Cuya águila á la tierra amedrentaba,
 Vió con pavor el enemigo acero,

Y temblando calló: la Italia entera
 Abandonó á la madre de los Reyes;
 El lábaro plegóse, y sus banderas
 Enarbolaron las contrarias greyes.

Y que, ¿la Europa abandonar podria
 En su afliccion á la ciudad sagrada?
 ¿Mancillada vilmente miraria
 La silla por San Pedro consagrada?

No, mientras haya un noble caballero
 De brazo fuerte, y corazon cristiano;
 No, mientras tenga libertad y acero
 Para lidiar un solo castellano.

Menoldo Guerri en Ostia se encerraba
 Con francesa legion, y con porfia
 Al Pontífice Santo amenazaba,
 Y las naves del Tiber destruía.

Pero de pronto con su hueste llega
 Por Roma á combatir, cual Belisario,
 Un héroe audaz, que su pendon despliega
 Contra el pendon del bárbaro corsario.

— ¡Fuera, le grita, fuera fementido
 Que insultar osas de tu Dios el templo.

«Deja la Italia, ó por mi brazo hundido
«Serás de infames con tu muerte ejemplo.»

Menoldo armóse, resistir osando;
Mas ¡ay! cayó, cayó con su fiereza.
Quedó rendido su soberbio bando;
Se hundió por fin del galo la altiveza.

El noble vencedor con los despojos
Encaminóse á la afijida Roma,
Dó el pueblo recibéndole de hinojos
A sus pupílas lágrimas asoma.

Por él hasta Esquilino se levanta
Hoy el rumor de la ciudad guerrera;
Por él el vate entusiasmado canta,
Por él corre la plebe que le espera.

Y entre palmas y lauros y alegría
En la imperial ciudad entra triunfante
Coronado de gloria, cual un día
El grande Emilio la cruzó arrogante.

¿Quién es aquel ilustre caballero
Que aciende hasta el alzado Vaticano;
A quien el Papa abraza placentero
Tendiendole la cariñosa mano?

Barras cruzadas y castillos lleva
En el blason de su dorado escudo,

Rica garzota su cimera eleva,
Su aspecto es grato, si su acero rudo.

¿No os revela quien es su gallardía,
Y la audacia gentil de su alta frente?
¿No os publica su nombre la osadía
Conque derriba á la contraria gente?

Pues escuchad su voz y en el instante
Dirá quien es, su réplica orgullosa;
Nadie es cual él altivo y arrogante
Si á injuriar alguien á sus reyes osa.

El vicario de Cristo al recibirle
Le alzó de tierra y le besó en la frente,
Y así le habló su accion al aplaudirle
Con blanda voz y acento balbuciente.

«Ilustre capitan que mi decoro
«Acabas de salvar, recibe en prueba
«De mi cariño fiel la rosa de oro,
«Y ese recuerdo de mi nombre lleva.»

«Ojalá que en el santo Vaticano,
«Donde hoy te ornas con cívica corona,
«Se encerrasen tus armas cuando insano
«Contra ti el enemigo no se encona.»

«Ojalá que sirvieses á otros Reyes
«De mejor condicion.»—«Señor teneos,

«Gritóle el vencedor; las santas leyes
«De gratitud no holleis: vuestros deseos

«Me acaban de injuriar. ¿Qué, por ventura
«En cuanto alumbra Febo cuando brilla
«Hay una raza mas heróica y pura
«Que la raza de reyes de Castilla?

«¿Quién derrocó en Europa la fiereza
«Del árabe fatal? ¿Quién ha lidiado
«En el nombre de Dios con mas nobleza?..
«¿Quien su nombre mas lejos ha llevado?

«*¡De mejor condicion!..*, ¿Dais al olvido
«Que el pendon de Isabela y de Fernando
«En Nápoles á Cárlos ha vencido
«Vuestra humillada dignidad vengando?

«¿Quien destrozó en Calabria á los Ursinos?
«¿Quién hundió á los varones junto á Rosas?
«¿Y quién venció á los viles asesinos
«En Ostia ayer, con armas tan gloriosas?

«Los Reyes de Castilla, á quien se acusa
«De mala condicion.—Señor no quiero
«Que vuestros dones hoy sirvan de escusa
«A quien juzga á mis dueños tan severo.

«Gracias os doy pues que me habeis honrado,
«Pero entended que mi brillante gloria

«A mi grande nacion la he consagrado;
«Mis triunfos son para su noble historia.

«Si Gonzalo de Córdoba combate,
«Solo es un español el que batalla;
«Si á sus contrarios en la lid abate,
«Sus Reyes vencen, el caudillo calla.»

Dijo; y los suyos súbitos llenaron
Con aplauso las bóvedas del templo,
Y sus voces las auras se llevaron
De lealtad para sublime ejemplo.

Alejandro abrazóle arrepentido,
Al escuchar su voz... Despues la historia
Al nombre de Gonzalo gravó unido
El de *Gran Capitan*, nombre de gloria.



GARCILASO.

AÑO 1536.

*Ea, de aquel famoso,
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pie generoso
Pisó del Tajo márgenes y estremos,
Hasta que la Garona
Le vió blandir las armas de Belona.*

(Estevan de Villegas.)

Vén Erato, y con rosas
Orna mi ruda cítara entre tanto
Que endechas melodiosas
Con ufania canto:
Haz que olvide un momento mi quebranto,

Y elogiaré al poeta
Que allá del Tajo en la frondosa orilla

Cantó con voz discreta,
 La su pasión sencilla
 Siendo el honor y encanto de Castilla.

Al vate que encerraba
 Bajo la cota de bruñido acero,
 Un alma que apreciaba
 Mas el humilde otero
 Que el alcázar de Prócer altanero.

¡Oh, dulce Garcilaso!
 A tí voy á ensalzarte; á tí que moras
 En el alto Parnaso,
 Y que el mundo enamoras
 Con tus gratas endechas seductoras.

¡Ay de mí! quien me diera
 Vagar contigo y escuchar tu acento
 En oculta ladera,
 Y el plácido concento
 Oír de tu dulcísimo instrumento.

Las aves suspendían
 Su armonioso trinar si le escuchaban:
 Estáticos le oían
 Los que á su lado estaban,
 Y el César y los grandes le admiraban.

Pues aquel que con flores
 La noble sien en la ciudad ceñía
 Siempre cantando amores,
 Cuando el clarín oía
 La férrea lanza con valor blandía.

¿Quién al verle de acero,
 Y de pujanza incontrastable armado,
 En el rudo guerrero,
 En el feroz soldado,
 Conocería al vate enamorado?.....

Tunez le vió pasmada
 En sus soberbios muros destrozando
 Con la fulmínea espada
 Al sarraceno bando,
 Y la preciosa sangre derramando.

Y en los escombros luego,
 Restos de la mortífera pelea,
 Cantaba con sosiego,
 El amoroso fuego
 De Salicio infeliz por Galatea.

Después, cuando el destino
 Le llevó de su patria despiadado

Al seno cristalino
Del Danubio apartado,
Como Ovidio, cantaba el desterrado,

Y llorando decia:

«O dulces prendas por mi mal halladas,
»Dulces y alegres cuando Dios queria,
»Juntas estais en la memoria mia,
»Y con ella en mi muerte conjuradas.»

Y esos tristes cántares
Otra vez á su patria le tornaron,
Y en los paternos lares
Otra vez le escucharon
Y Príncipe del Pindo le llamaron.

Nombre bien merecido,
Pues cuando él sus canciones entonaba,
El sabio embebecido,
Sus versos escuchaba,
Y al inmortal Virgilio recordaba.

Que era su dulce acento
Blando como el murmurio de las líbrés
Mecidas por el viento,
Y castos sus amores,
Y casta la pasion de sus pastores.

El pulsando la lira
En sus penas á Borja consolaba,
Y el santo que hoy le mira
Desde el cielo, le amaba
Y sus amargas cuitas le fiaba.

¡Ay, ay! la parca fiera
Cuantas delicias le robó á la España,
Cortando tu carrera
¡O vate! en cruel campaña
Y en tu florida edad con negra saña.

Perciste lidiando
En honra de tu patria cual valiente,
Y la muerte, cantando,
Te sorprendió inclemente
Y destruyó tu creadora mente.

Así en el alto pino
Del dulce ruseñor, rey del verano,
Corta el plácido trino
Cazador inhumano,
Con la esplosion de su arcabuz tirano.

¡Percistel y acedo
Quedó tu Emperador. Vertieron lloro

Los hijos de Toledo;
Perdió Apolo un tesoro,
Perdió el Tajo su cisne mas canoro.

España eternamente
Recordará tu nombre, ¡ó Garcilasol
Y admirará tu frente,
De laurel refulgente
Coronada, en la cumbre del Parnaso.

¡Salve Poeta hispano!
Tu honraste mas tu venturoso suelo
Que el déspota inhumano
Que en tu tiempo hasta el cielo
Alzó la frente entre horfandad y duelo



UNA CORONA MURAL.

Año 1538.

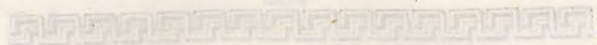
Alza el turco feróz áureas banderas,
Espanto de cien bélicas naciones,
De Lípany en los firmes torreones
Do se guarecen sus lejiones fieras.

En vano las falanges altaneras
De húngaros aguerridos y esclavones,
En pos de esclarecidos campeones,
Del asiático embisten las barreras.

Mas ¿siempre ha de triunfar la media luna?
No, que llega un ejército valiente,
Y combate y derroca al otomano.

¿Quién alcanzó tan bélica fortuna?
La corona mural ornó la frente
En Lípany tambien á un *castellano*. (1).

(1) Don Juan de Carvajar, asaltó las murallas de Lipany, con huestes de Cárlos quinto, en la guerra otomana.



Perdido el Tago en vano sus aguas
 Y el capullo de la vida en vano sus alas

Recordaré tu nombre
 Y admiraré tu destino
 De laurel resplandeciente
 Coronada en la tierra

¡Salve España hispana!
 Tu honorato mas tu venturoso suelo
 Que el depósito de un mundo entero
 Que en el torco feroz de un mundo entero
 Espanto de cinco bellas naciones al día
 De Libany en los firmes torrenes
 No se guardaron sus leones ferax
 En vano las lenguas ataronas
 De húngaros agueridos y casavones
 En paz de esclavos campones
 Del eslabido empujaron las batallas
 Mas siempre ha de triunfar la media luna
 No que llega un ejército valiente
 Y combate y derrota al otomano
 Quien siempre tan bella fortuna
 La corona mural era la frente
 En Libany tambien a un castellano

(1) Don Juan de Caxtelor, según las noticias de Libany, con
 puercos de Libany quince, en la guerra otomana.



BATALLA DE S. QUINTIN.

Año 1557.

Quando el monstruo feroz de la discordia,
 Sus hórridas cabezas levantando,
 Las sanguinosas garras esgrimia,
 El seno destrozando
 Del imperio francés; cuando temblaba
 El águila altanera, y se escondia
 De la gran tempestad que amenazaba
 Su nido derrocar, buscó la ayuda
 Del nervudo leon que desde España,
 Con voz aterradora,
 Hacia estremecer el mundo todo

Desde el Ocaso á la brillante aurora.
 Y el español pujante
 Franca ayuda le dió: sacó la espada
 Y tras la cruz del Redentor divino
 En defensa luchó de su vecino,
 Derramando su sangre generosa
 En bárbaras peleas, y arrogante,
 Y con la frente de laurel ornada,
 Cuando vió la contienda terminada
 Volvió á su Iberia á reposar triunfante.
 Entonces el francés, viéndose en calma
 Borró de la memoria
 La pasada afliccion, y quiso altivo
 Arbitro ser de la guerrera gloria.

¡ Ingratitud ! ¡ Ingratitud horrenda !
 ¡ Siempre llenó los pechos fementidos
 De los hijos de Francia ! ¡ Siempre fueron
 Por la perfidia y la ambicion nutridos !
 Y al punto que invencibles se creyeron,
 La espada desnudando
 Intentaron dar leyes
 De España altiva á los allivos Reyes.
 Grito de indignacion se alza al instante
 En Mántua la inmortal, y cual los ecos
 Repiten el chasquido de las hondas,
 De las montañas en los anchos huecos,
 Así el grito de alarma repetian

los pueblos de Filipo ;
 Y los campos al son de los clarines,
 Y los valles tambien se estremecian
 Desde la mar de Cádiz á los montes
 Que marcan de Cantabria los confines.

Ya tremolan al viento cien banderas ;
 Ya se escucha el confuso clamoreo
 De las huestes guerreras,
 Que al reto del francés se levantaron ,
 Y en los hispanos pechos el deseo
 Arde ya de lidiar ; mas no aguardaron
 Del enemigo audaz la arremetida ,
 Y veloces marchando á las fronteras ,
 Del Sama hasta las plácidas corrientes
 Llegaron las legiones altaneras.

¡ Oh justa indignacion ! ¡ Oh furor santo !
 Corred , corred guerreros
 A castigar la ingratitud , la afrenta
 Con que asi os pagan los de Galia fieros
 Vuestro noble valor. Caiga en pedazos
 La soberbia del bárbaro enemigo
 Que siempre temió á España,
 Y que aunque á veces le tendió los brazos
 Fingiéndose su amigo ,
 Jamás depuso su sangrienta saña.

Ya el noble Filiberto ha dividido
 Sobre alta roca los macizos muros
 De la gran San Quintin; ya se dispone
 A embestir la ciudad; mas de repente
 A lo lejos descubre el oriflama
 De Montmorénci, que á prestar su ayuda
 Corre veloz con su aguerrida gente
 Al almirante Coligni. El hispano
 Conoció á su enemigo, y presuroso
 Levantó el sitio, y en el ancho llano
 Replegó sus valientes batallones,
 Y se aprestó á la lid: tendió á su espalda
 Los ágiles caballos,
 Mientras dejando la riscosa falda
 De las montañas las contrarias huestes,
 Bajaron á las vegas á afrontarlos.

El hórrido fragor de los cañones
 Tronando de improviso
 El suelo estremeció: crujió el acero
 Y en la lid se mezclaron las legiones:
 El noble Montmorénci, audaz guerrero,
 Del breton las falanges recorria
 Blandiendo con valor fulmínea lanza,
 Ya en los montes se via con pujanza
 Concitando á la lucha: ya se via
 Animando á los suyos en el llano;
 Y en tanto el aguerrido castellano

Impávido la muerte fulminaba.
 Una vez y otra vez se arremetieron
 Ambos campos. La parca se gozaba
 Su cuchilla en blandir: el denso polvo
 El combate cubria,
 Y no hay ceder. Al son de los clarines
 Redobla la pelea: vacilantes
 Se vé por un momento á los franceses;
 Pero á la voz de sus valientes cabos
 Se tornan á animar: corren pujantes
 Y prosigue la lid. Las raudas horas
 Su curso en tanto sin parar marcaban
 Y el combate era igual, cuando la noche
 Estendiendo su manto
 Cubrió con él la atroz carnicería,
 Robando su esplendor al claro dia.
 Un campo y otro campo del combate,
 Sin vencer se apartó, y en breve tregua
 Se convirtió la lid aterradora,
 Hasta el rayar de la vecina aurora.

La luna recatarse parecia,
 Tras un pardo vellon de opacas nubes,
 Por no ver los horrores
 Del sanguinoso suelo. Por do quiera
 El istérico ¡ay! del moribundo,
 Y del mísero herido los clamores
 Se oían resonar: el ancho campo

Cubierto de cadáveres se via,
 Y de armas destrozadas. Las hogueras
 Que el soldado encendia,
 Cárdenas reflejaban en las charcas
 De negra sangre; y las facciones fieras
 Del rudo centinela iluminaban,
 Como ilumina el fuego del averno
 Del réprobo la faz. De aves rapaces
 Espesas bandas el espacio hendiendo
 Bajaban á cebarse en los tendidos,
 Y á veces resonaban
 Los gritos de dolor que los heridos
 Luchando con los buitres exhalaban.

Pasó la noche con su horror; y el día,
 Al asomar su luz por el Oriente,
 Alumbró otros horrores;
 Y en vez del dulce trino de las aves
 Que saludan al sol con melodía,
 Oyó tronar de nuevo el estampido
 Del hórrido cañon: nuevos estragos
 El mundo amancillaban;
 Y cinco veces el naciente Febo
 Bañó los combatientes con su lumbre;
 Y cinco veces la callada luna
 En sangrienta laguna
 Desde el cielo rieló con pesadumbre.

El fiero Marte el campo recorria
 Con su egide y su lanza,

Los enemigos pechos defendiendo.
 Ya del francés doblaba la pujanza;
 Ya enardecia al fuerte castellano,
 Y entre tanto indecisa la victoria,
 Vagaba alzando en su nervuda mano
 El lauro honroso de la eterna gloria.

¿Quién, quién lo alcanzará? la audacia, el brio,
 Montmorenci y el duque de Saboya
 Sienten en sí; mas ¡ay! que de repente
 En la fiera pelea
 Una fulmínea espada centellea.
 Pálida está la descarnada frente
 Del que la esgrime: sus siniestros ojos
 Causan pavor: el palafren ligero
 Que brioso conduce,
 Cubierto vá de negra mantellina,
 En la que el oro entre recamos luce:
 Sus armas son de pavonado acero:
 Negras las plumas que en el duro almete
 Mece el aura sutil, negro su manto.
 Y los rayos de Febo centellean
 En la áurea cruz con que su pecho adorna.
 Es Felipe Segundo, con espanto
 Huyen solo al mirarle los franceses;
 Ya no hay lid: los valientes españoles
 En el instante que á su Rey miraron,
 Hasta el cielo sus voces levantaron

Y arremetieron con tan ciego brio
 Que el contrario cayó: rindió su espada
 Montmorenci, y cien nobles caballeros
 Ante Filipo humildes presentaron,
 Los hasta entonces ínclitos aceros.
 ¡San Quintín, San Quintín! se hundió tu gloria,
 El castellano audaz entró tus muros,
 Y en vano Coligni, de la victoria
 El lauro disputó: cayó rendida
 Tu soberbia altivez y los pendones
 De España en tus murallas tremolaron,
 Y de Europa á los pueblos enseñaron
 Que el que ultrajaba al valeroso ibero
 La erguida frente prosternar debía
 Al duro golpe de su invicto acero.



Sta. Teresa de Jesus.

Año 1580.

Teresa, española, virgen de admirable castidad, floreció con increíble paciencia, humildad y prudencia.

(Signis ecclesie. — Tomas Bosio.)

No gloria terrenal, no impía guerra
 Mi númen protector hora me inspira;
 No contaré la destructora saña
 Con que espanta la tierra
 El héroe altivo que á triunfar aspira;
 Que tambien guarda mi querida España
 Dulces memorias en su hermoso suelo;
 Memorias ¡ay! que con su blanda mano

El padre de los orbes soberano
Ha grabado en el cielo.

Quando el audaz Calvino difundia
El ciego error en pechos de cristianos,
Y un fanático Príncipe furioso
A torrentes vertia
La sangre, sin piedad, de sus hermanos;
En nombre de un Dios santo y bondadoso
Empañaban los hombres su pureza,
Sin compasion la muerte fulminando,
Y la tierra de lágrimas regando
Con bárbara fiereza.

Una muger que en religion ardiendo
Y en santa fé, la Iberia recorria,
Vió con pasmo, del mundo los horrores.
Y en su pecho sintiendo
Fuego de caridad que la encendia,
Quiso aplacar del hombre los dolores.
Dios la inspiró: sus bienhechoras manos
Vertieron gloria celestial en ella,
Y fué Teresa refulgente estrella
Guia de los humanos.

En apóstol ardiente convertida,
De ciudad en ciudad iba lijera
El rencor de los hombres aplacando,
Y al ver sangre, afligida
Hasta el trono la voz alzó severa
La crueldad de Filipo acriminando.
Los heréticos pechos convertia,
Y si un ateo por ventura hallaba,

No con cuchilla atróz le amenazaba,
Mas, blanda le decia:

«El hombre altivo en su locura olvida
«Que Dios es Dios; su voladora mente
«Osa buscar el insondable arcano
«Que gobierna la vida,
«Y al ver que para hallarle es impotente,
«Quiere á sus obras con orgullo insano
«Igualar del Señor la obra divina.
«Al autómató estúpido compara
«Nuestro ser, y el imbécil no repara
«Que un error le fascina.
«Ese mismo dudar, ese deseo
«De sondar tu recóndito destino,
«E-a osadía que á buscar te lleva
«Del resplandor febeo
«La causa primordial, un ser divino
«No te hace concebir? ¿Un ser que eleva
«Sobre los astros la grandiosa frente,
«Y que rige los orbes á millares;
«Y que refrena los inmensos mares,
«Con su dedo potente?
«¿Y si de Dios el existir concibes
«Por qué al bruto pretendes compararte?
«¿Por qué así te envileces? ¿por ventura,
«Dentro en tí no percibes
«Una chispa de fuego que á abrasarte
«Llega mil veces con su lumbré pura?
«Esa chispa es el alma: Dios con fuego
«De su ser la inflamó, cuando la tierra

•Deshace el vaso inmundo que la encierra
•Á Dios se torna luego. •

Hablando de esta suerte al obstinado
Que negaba del alma la existencia;
Á aquel que se juzgaba cieno inmundo
Le dejaba pasmado,
Y le mostraba que la eterna esencia
Del hombre, gozar puede aquí en el mundo
La dicha de admirar embebecida
Entre un coro de plácidos querubines,
Y tras el velo de fulgentes nubes
Al padre de la vida.

Si, que mil veces ella en su aposento
Cuando á orar humildosa se postraba,
Á Dios miró de gloria circundado,
Y oyó su dulce acento,
Que del empíreo al trono la llamaba.
Al oírle, su pecho enamorado
Gozaba tanto bien y de tal suerte,
Que aunque su alma de amor se estremecía,
Su delicado cuerpo parecía
Herido por la muerte.

¿No la veis, no la veis arrebatada
Por el sagrado amor? ¿No veis cuál mira
En éstasis divino al ángel puro
Que su alma enagenada
Con flecha de oro á dividir aspira? (1)

(1) Via un ángel cabe mi, hácia el lado izquierdo en forma corporal.
Viale en las manos un dardo, de oro, largo y al fin del hierro

¿No divisais cabe el macizo muro
Los bellos ojos y la tersa frente
Salpicada de nítidos rubies,
Y los preciosos lábios de alielies
De Jesus prepotente?

Es que os falta la fé: que ella le mira,
Y el amor de su esposo la devora.

¿No mirais cual se arroba y palidece?

¿No ois como suspira?

¡Con cuanto frenesí ciega le adora!

¡Ayl de placer inmenso se estremece,

Y es que escucha la voz que resonaba

En la cumbre del Gólgota empinado

Cuando Cristo al suplicio condenado,

A su padre llamaba.

¡Alma sublime! ¡pecho generoso,

Que del mundo al sarcasmo despreciaste!

¡Salve, salve! mi lira te saluda.

Tu con lábio amoroso

Y con acento blando revelaste

Tu sacra inspiracion! Los que vil duda

Mostrásteis al oírle, aquí en el suelo,

De rodillas en tierra, miserables,

Alzad, alzad los ojos deleznable

Y veréisla en el cielo.

Murió: y el ancho espacio cristalino

Hendiendo entre amorosos querubines,

me parecia tener un poco de fuego: este me parecia meter por el costado, algunas veces, y que me llegaba á las entrañas.

(Sta. Teresa de Jesus, en el cap. 29 de su vida.)

A las puertas magníficas de oro
 Del alcázar divino
 Arribó, donde ardientes serafines
 La recibieron en su divo coro.
 El padre de la luz besó su frente,
 Y al estampar sus lábios sobre ella,
 Se vió brillar en su cabeza bella
 Aureola lucente.

Rugió Satan mordiéndolo su cadena
 Al mirar que una débil criatura
 Puede pisarle con divina planta,
 Y entre tanto resuena
 Orquesta celestial allá en la altura,
 Y dulces himnos el querube canta.
 El hijo de Jeohová con alegría
 Contempla ledo á su querida esposa,
 Y ve brillar su frente ruborosa
 Al lado de Maria....

Esa que veis, naciones, asentada
 En el divino alcázar de diamante,
 Esa muger que en el celeste coro,
 De ángeles rodeada,
 Siglos de siglos mirará á su amante
 Entre el aroma de incensarios de oro;
 Esa que aplaca de Jeohová la saña,
 Sintiendo en sí de caridad el fuego,
 Con blandos ojos y amoroso ruego,
 Esa es Teresa, su nacion *España*.

LOPE DE VEGA.

AÑO 1600.

Las Musas en la cuna te mecieron,
 Y fué una trova tu primer vajido;
 De tu plectro el armónico sonido
 Los hispanos estáticos oyeron.
 Propios y estraños pueblos te aplaudieron,
 Y al mirarte el mantuano, suspendido
 Quedaba, contemplándote embebido,
 Y cien lauros sus manos te ciñeron.
 Esclava tuya se mostró Talía,
 Y por tu ingenio fascinada y ciega
 Te elevó á las mansiones eternales;
 Y en el alcázar donde nace el día,
 Con fuego celestial *Lope de Vega*,
 Grabó junto á los nombres inmortales.

MIGUEL DE CERVANTES.

Año 1600.

Hubo un Cervantes cuando aquel vivía.

(Zorrilla.)

¡Dadme, dadme laurel, tejed coronas
Hijos de España, y adornad con ellas
El pedestal erguido
Do la estatua se eleva
Del inmortal Cervantes. ¡Gloria, gloria!
A la sacra memoria
Del humilde soldado
Que de duro lanzon y esfuerzo armado
Su sangre derramó como valiente,
Luchando altivo por su patria amada;

Por su patria, que entonces olvidada
 Del que en Lepanto la preciosa vida
 Espuso, á la magnífica victoria
 Que hundió la media luna
 Contribuyendo con su invicta espada,
 Le dejó de su mísera fortuna
 Los duelos arrostrar.... Pobre, olvidado
 Cual cruzó un día la anchurosa Grecia
 El inmortal Homero,
 Le vió Mántua cruzar desatendido
 La misma plaza en que le mira ahora
 Alzarse cual Monarca engrandecido,
 Encantando á la Iberia que le adora,
 Y que despues de haberle abandonado
 Estátuas le ha erigido
 De su ingenio elevado
 En justo galardón y en justo premio.
 ¿Quién, quién mereció nunca
 Tan dignamente el general aplauso?....
 Aun el mas blando y bienhechor guerrero
 Deja siempre en el pueblo que le admira
 Al estampar la huella, sangre y duelo:
 Las ruedas de su carro
 Esterilizan el fecundo suelo
 Por donde corren, aunque ornados vayan
 Sus caballos con lauro y con oliva,
 Mientras del Genio la presencia amiga
 Solo recuerda la apacible gloria
 Que diera á su nación!!... Noble Cervantes,
 Aunque tu España un día

No supo comprenderte,
 Cuando llegó por fin á conocerte,
 Tu nombre en mármol y oro
 Grabó con ufanía,
 Alzándote sobre infinitos Reyes,
 Y robando al sepulcro pavoroso
 Tu imágen, á la Europa la presenta
 En bronce eternizada,
 A la Europa que atónita, pasmada,
 Cien y cien veces del Famoso Hidalgo
 Copia la bella historia, do se admira
 Al profundo filósofo, al poeta,
 Al sábio moralista, al caballero,
 Al crítico festivo, cuya pluma
 Juntó en un solo libro inmensa suma
 De ingenio, de saber y gallardía.

Tú el amor de Crisóstomo dijiste.
 Con tan flebil acento,
 Que en sentimiento á Tíbulo escediste.
 Tú cantaste la vida retirada
 De felices pastores,
 Y al describir los valles y las flores,
 Y la clara fontana,
 Que entre doradas guijas serpentea,
 Y el nacer de la plácida mañana,
 Que las cumbres altísimas platea,
 Sin duda de Virgilio delicado
 El cáramo tomaste

Y á España dulcemente embelesaste,
 Cuando el valiente hidalgo de tu historia
 Con el brazo tendido
 A su fiel escudero señalaba
 Los contrarios ejércitos, y alzando
 La voz enumeraba enardecido
 De ambos bandos los gefes y naciones.
 En su acento, en su gesto, en sus acciones,
 De orador y poeta demostraba
 Las dotes de tal suerte,
 Que á Ciceron y á Homero aventajaba.

Despues, cuando la muerte
 Quiso altivo esparcir en los ganados,
 Al pintar su fantástica pelea,
 El hórrido rumor, y los clamores
 De los zagales rudos,
 De Ariosto los acentos tronadores
 Al mundo recordaste,
 Y el mundo trastornaste
 Con tu robusta voz: cayó en pedazos
 La malla del soberbio caballero
 A tus plantas; callaron las canciones
 Ridículas de amor; en sucio polvo
 Se hundieron las estúpidas leyendas
 Que tan crasos errores esparcian,
 Y que el puro lenguaje castellano
 Con cláusulas difusas corrompían.
 Entonces de tu raudo pensamiento

En las fulgentes alas
 Hasta el cielo te alzaste,
 Y allí divino acento
 Para tu lengua enriquecer hallaste.

Tú eres Cervantes, abundoso rio
 En cuya azul y límpida corriente,
 Las Gracias se bañaron,
 Las Musas en tus márgenes danzaron,
 Y te cubrió con sus preciosas galas
 La divina Minerva,
 Y el hijo de Citeres con sus alas.
 En tí amor las doncellas encontraron,
 Pureza en tí los vates recogieron,
 Los pintores de tí cuadros copiaron,
 Y tus huellas los críticos siguieron,
 Siempre los sábios en tus libros hallan
 Máximas luminosas,
 Y desde el punto en que tus libros fueron
 La sátira calló; tus portentosas
 Páginas en Iberia releidas
 Fueron, con entusiasmo,
 Desde el paje hasta el Rey; desde las damas
 De la corte, festivas y elegantes,
 Hasta el austero cenobita anciano,
 Y la lengua del pueblo castellano
 Hoy se llama *la lengua de Cervantes*.

De Europa era escarbio temiendo servir
 Entonces aldea, cubierta de galas,
 Dos mundos regia, y en Mantua la vez
 Minerva y Apolo, Clares y Tais
 Escaban el trazo soberbio del Rey

DON DIEGO VELAZQUEZ.

De poner en su alcazar, provera se via
 Beldad, entusiasmo, valor y saber,
 Llamaban las cunas, de poner se queria
 Que honraban a España cien pueblos y cien

Año 1600.

Sobrias alombras cubrian el suelo
 Del gran indolido magnifico don;
 Tallados sillones de azul terciopelo
 Se iban, de Flandes preciosas labor

De blandas orquestas la dulce armonía
 Resuena en las cimbras de régio salon,
 Y en él mil hermosas con grata alegría
 Ofrecen risueñas encantos y amor.

Un Rey caballero preside la danza
 Ufano ostentando su inmenso poder,
 Y en torno del solie do yace en holganza
 Cien claros ingenios honrados se ven.

Pues hubo unos dias de gloria en que Iberia
 No cual hoy lloraba su suerte infeliz,

No cual hoy sumida en duelo y miseria,
De Europa era escarnio temblando servil.

Entonces altiva, cubierta de galas,
Dos mundos regia, y en Mantua á la vez
Minerva y Apolo, Cíteres y Palas
Cercaban el trono soberbio del Rey.

Do quier en su alcázar, riqueza se via;
Beldad, entusiasmo, valor y saber
Llenaban las cuadras, do quier se advertia
Que honraban á España cien pueblos y cien.

Soberbias alfombras cubrian el suelo
Del persa industrioso magnífico don;
Tallados sillones de azul terciopelo
Se vian, de Flandes preciosa labor.

Cien lámparas de oro lucian pendientes
De la alta techumbre, y en torno se ven
Del muro, alcatifas do tintas rientes
Copiaron las flores de gayo vergel.

Allí del Ticiano los lienzos divinos
Suspenden el alma; se admiran allí
Los cuadros de Rubens asaz peregrinos
Los gratos pinceles de Aníbal y Luis.

Y encantan los ojos estátuas preciosas,
Búcaros, pebetes que en blanda espiral

Exhalan esencias dulces y aromosas
Que al alma delicias inefables dan.

Y allí el Rey Felipe que vé que á porfia
Los pueblos de Europa se humillan á él,
No ejerce en su estado feroz tiranía,
Proteje las artes, se entrega al placer.

Por eso en las cuadras del regio palacio
En danzas festivas unidos estan,
Cubiertos de seda, de plata y topacio,
Sábios y guerreros que á España han de honrar.

Allí el Conde-Duque, con áureos brocados
Ornada la capa y el negro jubon,
Olvida, ó lo finje, los altos cuidados
Del trono y se entrega festivo al amor.

Felipe halagüeño dejando su silla,
Con Lope y Quevedo conversa locuaz,
Y á aquellos ingenios, gloria de Castilla,
Consulta las reglas del dulce trovar.

Jáuregui, Pereira, vates delicados,
De sus bellas damas, con sonora voz,
Celebran las gracias, la tez, los tocados
Y avivan con versos la ardiente pasión.

En tanto el de Tarsis, con Góngora y Mira,
Va junto á la Reina, la bella Isabel,

Que docta sus versos festivos admira,
Que tierna sus gracias aprecia también.

Y allí á competencia los tres trovadores,
Elogian los ojos y el grato mirar
De nobles doncellas, que en puros colores
Matizan al oírles la púdica faz.

Mas ¿quién de improviso llegó á aquel estrado
Que así del concurso llamó la atención?
Gallardo es su porte, su rostro animado
Un genio en su frente su marca estampó.

Preciosa ropilla de azul terciopelo,
Donde áureos brocados se vian brillar,
Llevaba, y en bucles cañale el peto
Tocando en la gola rizada de olan.

La cruz de Santiago de limpios rubíes
Fulgente en su pecho se mira lucir;
Concluyen su traje largos borzegufes,
Calzon de recamos y capa gentil.

Al verle el Monarca á él corre y gozoso
Le llama su amigo, la mano le dá,
La Reina le mira con rostro amoroso,
Quevedo le aplaude con franco ademan.

Don Diego Velazquez, de eterna memoria,
Es el caballero: con sacro laúrel

Ornadas las sienes, le muestra la gloria
Al mundo que absorto sus cuadros aun vé.

Él fué quien llevado del genio en las alas
La práctica antigua del arte dejó;
Él fué quien del orbe buscando las galas
Robó al campo flores, y al cielo color.

¿Quién, quién cual Velazquez con divos pincele
Copiar supo nunca la vívida luz?
¿Quién de sus retratos magníficos, fieles,
Llegó á los contornos, llegó á la actitud?

Quien mira su lienzo, do Espínola armado]
Recibe benigno, despues de vencer,
Las llaves de un pueblo, contempla pasmado
La vida que al héroe prestó su pincel.

El cuadro en que pinta la fragua horrorosa
Del Dios que en las cuevas del bátrato está,
Es pasmo del mundo: la escena graciosa
Del Baco fingido, no encuentra rival.

Y en esas creaciones descubre el artista,
Tantas perfecciones, tan alto saber,
Que al fijar en ellas absorto la vista,
Mil y mil bellezas prodigiosas vé.

Allí el claro-oscuro, y allí los colores
Producen su efecto con tanta verdad,

Que dudan suspensos los otros pintores
Do supo Velazquez mas glorias hallar.

En vano Guaiquinto y Hovassi, de Italia
Vinieron, no osaron alzarse hasta tí.
En vano el Pusino pretende en la Galia,
Contigo, ó Velazquez, audaz competir.

Tú vuelas mas alto, tú elevas la frente
Con Rubens al cielo, y Europa te vé
Pisando los ástros con planta valiente,
De Zeuxis y Apeles marchando al nivel:

Los hijos de España que en vida te honraron,
Ya muerto te aclaman por genio inmortal,
Tu fúnebre losa con láures ornaron,
Con láuros que el tiempo jamás hollará.



DON LUIS DE GONGORA.

AÑO 1627.

Góngora, Marcia Cordobés, requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias, tú fuiste el ornamento de tu nacion.

(Rep. lit. de Saavedra.)

En el vergel ameno
Donde termina, del undoso rio
Rey del suelo andaluz cabe la margen,
Sierramorena su postrera falda,
Naciste tú, y el venturoso cielo
Que con záfiro tu ciudad toldando,
Y la fresca guirnarlda
De mirtos y hazahares,

Que los erguidos muros circundando
De tus paternos lares,
Prestan inspiracion al pecho ardiente
Si del Castalio coro
El blando influjo siente,
Inspiraron tu cántico sonoro.

El Líbano materia dió preciosa
Para formar tu lira,
Y con voz armoniosa
A su son entonaste
Las trovas delicadas
Con que el suelo andaluz embelesaste.
Ora en las alas del amor volando
Cruzabas los alcores,
Y de tiernas zagalas y pastores
Las querellas cantando,
Con tu voz apacible remedabas
El murmurio del viento,
Que al agitar las ramas misteriosas
De aquel árbol que fué primero Ninfa,
Forma el amante acento
Del Dios que, persiguiendo hasta la linfa
Del Peneo á su amada,
La halló en inmóvil tronco trasformada.

Ora dejando el cálamo sonoro
Y el humilde pellico

La voz rubusta alzabas
Y con la trompa épica entonabas
Cantos de indignacion y patriotismo
Contra el feroz britano,
Diciendo con acérrimo heroismo.
»Ó, Reina torpe, reina no, mas loba
»Lividinosa y fiera,
»*Fiamma dal ciel su te tue teccie piova.*»

¿Quién como tú cadencia y armonías
Daba al verso guerrero?
¿Quién como tú cantaba
Cuando el laud tañías
Narrando del cristiano caballero,
Y del galante moro
Las amantes contiendas? ¿Qué tesoro
De castiza diccion en tí no halla
El que tu bello romancero lea?....

Si describias hórrida batalla,
Tus lanzas, el espeso remolino
De blanco polvo; la arroyada sangre
Que la esmaltada alfombra de los prados
En púrpura teñía;
El grito de furor de los soldados,
Y la voz del caudillo que reñía
Por su dama y su honor, daban pavura.

Si celebrabas la alegría pura
 De la garrida mora,
 Que asomando en las gradas del palenque
 El esfuerzo animaba
 Del gallardo Gomel, que se adornaba
 Con la vistosa manga de brocado,
 Regalada por ella,
 Donde brillaban sobre campo verde
 Perlas que fulgurando parecían
 El abundoso lloro que derrama
 La esposa de Titon, cuando recuerda
 Los tiernos frutos de su amante llama,
 Nadie cual tú, los hechiceros ojos
 Sabía bosquejar de Belerifa,
 Ni el rozagante traje,
 Ni el precioso tocado
 Que dejaba el concurso enamorado.

Y si después de la morisca fiesta
 El adufe dejabas,
 Y por Momo inspirado
 El satírico cuerno resonabas;
 El más austero sabio reponía
 El torvo ceño, y con Ortiz reía,
 Al escuchar las negras desventuras
 Que con ligero verso ibas cantando,
 Ya cláusulas oscuras,
 Ya claridad y chistes ostentando,

¡Góngora! tus cantares
 Dan prez á una nación: cuando en España
 Resonaba tu lira,
 Ni el Támesis, ni el Sena,
 Ni el Tiber, ni el Danubio daban lauros
 En sus fértiles vegas, á una frente
 Que cual la tuya en abundosa vena
 Diese al mundo placer más justamente.
 Y aunque luego siguiendo
 El vuelo de tu rauda fantasía,
 Dejaste del ilustre Garcilaso
 El delicado estilo,
 Buscando nuevas sendas al Parnaso,
 Y con labio confuso,
 Haciendo muestra de saber, cantaste
 Las Soledades, trobas aunque oscuras
 Llenas de erudición y gallardía,
 No por eso tu nombre
 Perdió su claro brillo: tú te alzaste
 Hasta la clara fuente
 De las Piérides ornar placenteras
 Con lauro eterno, la inspirada frente;
 Tañendo á par del fundador de Troya
 La melodiosa lira,
 Y España que te admira
 Siempre honrará tu creadora mente,
 Cuyo atrevido vuelo
 Dió á la posteridad, que en mármol y oro
 Tu nombre esculpirá, versos divinos.
 Tu canto más sonoro

Que de las aves los alegres trinos
 Eternamente en la frondosa orilla
 Del gran Guadalquivir, padre de Españ.
 Resonará y de Córdoba los hijos
 Cuando lleven fragantes ramilletes
 A sus amadas bellas,
 Dirán cual tú decías
 Con acento ferviente,
 —«Tejidos en guirnalda
 »Traslado estos jazmines á tu frente,
 »Que piden con ser flores
 »Blanco á tu seno, y á tu boca olores.»

Y yo, poeta, que tu ingenio admiro,
 Y que repaso absorto tus cantares,
 Siento placer, al meditar que Iberia
 Te dió dichosa cuna; y el anhelo
 De recordar las glorias de mi patria
 Me hace pensar que en el hispano suelo
 Reposan tus cenizas venerables.

¡Salve restos del vate delicado,
 El cielo os bañe en eternal beleño!
 • Dormid, y el Dios alado
 • De los sepulcros dueño,
 • Con el dedo en la boca os guarde el sueño.

